



Antología de una roja tierra

Centenario
de nacimiento
de Santiago
Dimas Aranda



JUVENTUD
COMUNISTA
PARAGUAYA

Índice

Santiago Dimas Aranda en su centenario	4
Un siglo de Santiago Dimas Aranda.....	5

POÉTICA.....	17
Juventud.....	18
A un joven poeta.....	19
Rebelde corazón de América.....	20
Una ley para la vida	23
Tam... Tam... ..	25
Pies en tierra.....	27
Aún soy yo	30
Roja Tierra.....	31
El canto demorado.....	33
El silencio	36
Ofrenda.....	38
Memorándum	39
Villarrica	41
Página breve	43
Misión Cumplida.....	44
Obrerito	45
¡Aleluya, Maestro!.....	47
La subversión	49

NARRATIVA	50
Los Desterrados	51
Pena perpetua.....	66
Una noche en el exilio	79
La muerte.....	83
Nosotros, los otros y la guerra.....	111
Un golpe del destino.	115
 ENTREVISTA.....	 133

Santiago Dimas Aranda en su centenario

La literatura es una herramienta que históricamente ha sido ejercida como un arma contra la opresión y la tiranía, esa labor no ha perdido su vigencia frente al capitalismo senil y sus dinámicas. Creemos que para comprender dónde estamos hoy, es necesario visitar los registros de las épocas pasadas, en ese contexto volver a una parte relevante de la obra de un escritor militante paraguayo como Santiago Dimas Aranda se muestra como una tarea trascendental para la Juventud Comunista Paraguaya.

El camarada Luis María Martínez definió a Dimas Aranda como un poeta fundamental del parnaso social. Su obra se constituye como una de las más representativas de la clase trabajadora paraguaya, tanto por su forma como por su contenido. Es por ello que en el año en que se recuerda su centenario de nacimiento, presentamos esta selección esencial de obras del poeta comunista Santiago Dimas Aranda.

¡Dimas Aranda, vive!

Juventud Comunista Paraguaya
Marzo, 2024.

Un siglo de Santiago Dimas Aranda¹

Por Jean Mersault

Resumen biográfico

Santiago Dimas Aranda nació en el departamento del Guairá (Paraguay), en la localidad conocida como Perulero, el 25 de marzo de 1924. Fue un poeta, cuentista, novelista, dramaturgo, crítico literario, letrista y referente de la llamada “promoción del 50”² del Paraguay.

Cursó los estudios primarios y secundarios en la ciudad de Villarrica. Muy pronto se vio forzado a exiliarse a la Argentina (en Buenos Aires) debido a la persecución sufrida por su familia de parte del régimen de Higinio Morínigo. En el vecino país cursó la educación técnica y tomó contacto con la literatura regional; comenzando su producción literaria publicada, con el poemario *Sangre de tierra y luna* en 1960. A partir de allí, Santiago Dimas Aranda, comenzó a explorar los diversos géneros literarios y, más tarde, conectó su lírica a la perspectiva comunista.

Santiago Dimas Aranda volvió al Paraguay y, residiendo en Asunción durante varios períodos de su vida adulta, colaboró con el grupo del Taller Manuel Ortíz Guerrero que publicó varios de sus libros con Ediciones Taller. Dimas Aranda, a su vez, fue co-autor (junto a Hedy González) de una muy referenciada antología poética paraguaya titulada *14 Testimonios de la Poesía Paraguaya* (1972), una preciosa edición que está disponible en el catálogo de numerosas bibliotecas nacionales e internacionales, desde la Bi-

1 Ponencia presentada en la Feria del Libro Chacú-Guaraní en Asunción-Paraguay, el 5 de marzo de 2024, en el marco del centenario de nacimiento de Santiago Dimas Aranda.

2 Dimas Aranda es incluido en este grupo por varios críticos e historiadores de la literatura paraguaya: Victorio V. Suárez, Teresa Méndez-Faith, etc.

blioteca Central de la Universidad Nacional de Asunción hasta la National Library of Australia³, dando cuenta de la relevancia de este trabajo.

Durante el período de Alfredo Stroessner fue perseguido por su tendencia “comunista”, no únicamente por la influencia de Vladimir Mayakovski⁴ en su obra, sino también por denunciar las terribles condiciones de los trabajadores paraguayos y solidarizarse con los presos políticos. Asimismo, fue apresado un par de veces en la Dirección Nacional de Asuntos Técnicos (DNAT) del Ministerio del Interior “La Técnica”, donde le fueron confiscados libros y manuscritos de “tendencia comunista y subversiva”. A pesar de esto, Dimas Aranda continuó su labor literaria y social llegando a publicar siete libros durante el régimen stronista, además de incursionar en la creación lírica para la música de José Asunción Flores con la obra conocida como Obrerito. Asimismo incursionó en la narrativa breve y en la dramaturgia, escribiendo numerosos cuentos de impronta social.

Aunque el género literario más reconocido internacionalmente del corpus de Dimas Aranda es la novela, con obras como *La Pesadilla* (1984), *El amor y su sombra* (1984) y *Medio siglo de agonía* (1994). Dos de sus novelas fueron premiadas por el Concurso Hispanidad

3 Ver en: <https://catalogue.nla.gov.au/catalog/1207614>

4 Mayakovski fue un poeta, pintor, agitador, dramaturgo, propagandista y un futurista (en toda la extensión de la palabra) soviético. Nació en Georgia en 1893. Fue uno de los impulsores del futurismo ruso y un referente del arte revolucionario soviético.

76, certamen literario de carácter internacional organizado entonces por el Instituto de Cultura Hispánica (ICH).

La obra de Dimas Aranda destaca por el uso del lenguaje jopara y guaraní, mecanismo por el cual reproduce tanto la cotidianidad paraguaya desde la expresión literaria. El compromiso social y político de Dimas Aranda le costó –afirmaron varios otros críticos y escritores– un mayor reconocimiento y la publicación masiva de sus geniales obras. A pesar de este bloqueo, colaboró con muchas revistas culturales paraguayas y asociaciones de escritores paraguayos.

La obra de Dimas Aranda destaca por el uso del lenguaje jopara y guaraní, mecanismo por el cual reproduce tanto la cotidianidad paraguaya desde la expresión literaria. El compromiso social y político de Dimas Aranda le costó –afirmaron varios otros críticos y escritores⁵– un mayor reconocimiento y la publicación masiva de sus geniales obras. A pesar de este bloqueo, colaboró con muchas revistas culturales paraguayas y asociaciones de escritores paraguayos.

Santiago Dimas Aranda representa lo mejor del realismo social paraguayo, su obra compone una de las partes importantes del proceso de la literatura paraguaya y, de igual manera, fue uno de los obreros de la palabra más comprometidos con la clase trabaja-

5 Desde Luis María Martínez (en su Trino Soterrado) hasta Augusto Roa Bastos (en el prólogo que escribió para Sangre de Tierra y Luna) han afirmado que Santiago Dimas Aranda ha sido injustamente ocultado, vilipendiado e ignorado por el mundo editorial hegemónico paraguayo y de igual forma por la crítica formal local.

dora; incluso sacrificando su carrera por mantener su honestidad intelectual y defender la vida de cada paraguayo perseguido por la tiranía.

Hasta el final de su vida el compromiso se mantuvo firme. Dimas Aranda ofreció refugio, en su modesta tienda de reparación de máquinas de escribir en Asunción, a escritores y estudiantes con diversas inquietudes intelectuales. Falleció en Asunción el 3 de agosto de 2015.

Labor literaria y militancia política

Santiago Dimas Aranda, como cualquier escritor, recibió el influjo –a su vez– de otros escritores. Al entrar a repasar su obra también es necesario comprender el efecto potencial que tuvo en él las lecturas de Vladimir Mayakovski (con especial mención a lo largo de estas notas), Manuel Ortiz Guerrero, Rafael Barrett, etc.

Antes de avanzar en la lectura de algunos de sus poemas, quisiera citar un poco a Mayakovski, a modo de contextualizar la perspectiva ideológica a la que Dimas Aranda fue afín.

Mayakovski coloca de esta forma su postura frente al “arte por el arte” y la falta de compromiso de los creadores:

“... los poetas y escritores, en lugar de dirigir al lenguaje, se han subido a unas alturas tan desorbitadas que ya no se les puede tirar ni de la cola. Abres cualquier revista: totalmente salpicada de poemas: hay «denticulos perlados», «clámides», «Partenón», «ensueños», y solo el diablo sabe qué más.

Se necesitaría pedir a los señores poetas que bajen des-

de el cielo a la tierra.

Tú presumes de dominar las palabras: sé amable y escribe una ejemplar «resolución del comité local sobre la recogida de la basura del patio». ¿No quieres? ¿Dices que tienes un estilo más sublime? Entonces escribe una primera plana ejemplar dirigida a los pueblos del mundo: ¿acaso puede haber una tarea más sublime? Solo entonces creeremos que tus ejercicios en el campo de la poesía tienen un sentido real, que tu sublime obra puede ser utilizada para mejorar la vida de la gente. Entonces nadie se opondría a tus poemas nebulosos e incomprensibles.

Porque tenemos en el campo del arte de la palabra a unos ingenieros, pero ni a un solo trabajador, ni a un solo maestro.

¿Y qué sentido tienen entonces los planes sublimes?”

6

En ese contexto, Santiago Dimas Aranda no solo escribió una obra comprometida, fue una persona comprometida por lo que toda su vida se enmarca en la lucha contra la tiranía stonista y la opresión capitalista. El fin de la creación de Dimas Aranda no fue el de elevarse por encima de todo lo demás sino por el contrario poner la escritura al servicio de su clase: la clase trabajadora. La prosa –así como el verso también– de Dimas Aranda tiene muchos matices pero configura una de las críticas más relevantes y punzantes al

6 Mayakovski, V. (1923). Desde el cielo a la tierra.

modo de producción capitalista en Paraguay desde la ficción literaria.

Recurriendo nuevamente a Mayakovski⁷ –una de las principales influencias de Dimas Aranda–; este autor soviético afirmó que se necesitan ciertos elementos para la construcción de la literatura, estos son:

1. La existencia de un problema cuya alternativa de solución sea expresable y conocible por medio de la obra literaria. Esto implica una obligación social (distinta de la obligación práctica⁸).
2. Una profunda consciencia de clase –sabiendo a qué clase se representa–.
3. Conocimiento material de las palabras. Un amplio almacén de expresiones. Requiere formación.
4. Herramientas de trabajo: pluma, máquina de escribir, papel, mesa, silla, contacto con editoriales, etc.
5. El hábito y método de trabajo. Dícese de la labor de escritura: formas, estructuras, diseño de imágenes, etc.

La creación literaria de Dimas Aranda respondió, desde su primera publicación poética, a un claro posicionamiento de clase; debido a que su familia fue perseguida y obligada a partir al exilio de su juventud primaria, en ese contexto tuvo contacto con organizacio-

7 Mayakovski, V. (2009). *Cómo hacer versos*.

8 Mayakovski advierte que sería necesario desarrollar más adelante las diferencias entre estas dos obligaciones: la social y la práctica.

nes sindicales y políticas. Es así que comenzó a colaborar con el Partido Comunista Paraguayo (PCP), debido a que una gran mayoría de su militancia y dirección también estaban exiliados en la Argentina (ejemplo de exiliados comunistas del campo literario/artístico en Argentina: Elvio Romero, José Asunción Flores, Hérib Campos Cervera...), el marco fue propicio para el desarrollo de generaciones literarias –paraguayas– mayormente influenciadas por Barrett, la experiencia socialista (Mayakovski, Máximo Gorki, etc.) y la generación del 27 (Federico García Lorca, Rafael Alberti y otros).

Dimas Aranda publicó en vida más de una docena de libros, entre los que se destacan: *Sangre de tierra y luna* (primer poemario publicado en su exilio en la Argentina), *Antología del silencio*, *Metal es la fragancia*, *La pesadilla* (primera novela y premiada con el Premio Hispanidad), *El amor y su sombra* (novela premiada con el Premio Hispanidad), *Medio siglo de agonía*, *Vida, ficción y cantos*. Además fue coautor, junto con Hedy González, de 14 testimonios de la poesía paraguaya (antología de poesía paraguaya internacionalmente referenciada, se encuentra en el catálogo de bibliotecas alrededor del mundo: desde la biblioteca de la Universidad Nacional de Asunción hasta la Biblioteca Nacional de Australia).

La obra de Dimas Aranda es profundamente crítica con la violencia institucionalizada, el nacionalismo y la instrucción religiosa (hay que decir que Dimas es realmente punzante con la iglesia católica⁹ y su influencia en la sociedad paraguaya), esa también es

9 En todas sus novelas aparecen críticas explícitas a la iglesia, al nacionalismo y a la instrucción confesional. Ejemplo:

una de las razones de su marginación editorial. Su contenido tan crítico le valió el apresamiento en varias ocasiones, contó él mismo que una vez lo llevaron a “La técnica” por un poema que la policía interpretó como panfleto comunista. A pesar de esto nunca dejó de expresar lo que representaba ese modelo económico y político para la clase trabajadora.

Estamos ahora a cien años de su nacimiento y, aunque muchos de los dramas vitales que sufrió Dimas Aranda ya no son los mismos, hoy tenemos un gobierno que es continuación del proyecto stronista: Peña y el séquito cartista. No se puede ignorar el giro reaccionario que ha tenido el sentido común paraguayo. Esta alienación –con la excusa de las leyendas y los fantasmas– cultural orquestada a priori por parte de la burguesía parasitaria, aunque en realidad esta no sea más que un componente de todos los engranajes necesarios para mantener vigente al modo de producción capitalista; esto lo cuestionó el propio Dimas Aranda en una entrevista:

“Y a propósito de templos y cristianos, los domingos, las campanas herían desde temprano la rotunda paz impuesta por las balas. Un cura cicatero machacaba sobre el acatamiento. Y entonces, confundidos entre todo género de parias y malparidos, los héroes atestaban la placita de enfrente llamada Libertad, matando piojos con los dientes podridos en espera del óvulo ritual. Las mujeres, viudas casi todas, de apellidos ilustres o anónimas, cargando con sus réumas hacia la casa de Dios, desviaban píamente los ojos de la lacra penante. Al centro de la plaza, verde de orín, la libertad de piedra. A una cuadra, la escuela. En las mañanas hábiles trepaba el canturreo del himno nacional, jamás tan falso y desfigurado como en los tiempos del odio.” — La pesadilla, Editorial Manuel Ortiz Guerrero (1980, pp. 12-13).

“Mientras los zánganos y expoliadores dominen las finanzas y la distribución y sean los dueños de las grandes tierras inalcanzables para el campesino sin tierra e incluso para muchos graduados en escuelas agropecuarias que deambulan por los ministerios en procura de algún conchabo; mientras las autoridades protejan a los ladrones y acogoten a los pequeños productores con impuestos insoportables, la cultura será siempre el aditamento de moda para mandarse la parte.”¹⁰

A pesar de las ínfulas apolíticas de cierta élite de la artes –en general–, la propia condición humana bajo un modo de producción específico implica la reproducción social de este y, por ende, de ciertas políticas determinadas. El arte nunca es producto aislado ni surge de la nada. En esos mismos términos se refirió Dimas Aranda: “El hecho mismo de declararse apolítico es una actitud política. En cuanto a la poesía social, suele tener mayor florecimiento en los tiempos duros, de luchas y represión.”

Han dicho muchas veces y en muchos eventos literarios que la poesía social no es poesía¹¹ o que ya está muerta, lamento –por su contenido y potencial fuerza– tener que informar que la poesía social es poesía y no está muerta, sigue más viva que nunca en es-

10 “La cultura está cuidadosamente evitada”, entrevista de Santiago Dimas Aranda con Victorio V. Suárez, publicado en ABC Color el 21 de marzo de 1993.

11 Mención del propio Dimas Aranda en la entrevista con Victorio V. Suárez.

pacios como este, aunque mucho más viva en las experiencias de organización y resistencia de la clase trabajadora. El esfuerzo por continuar y hacer vivir el legado de Dimas Aranda no debe verse como un compromiso abstracto de belleza inútil –utilizando la frase con la que se refirió a su obra y a la de Carmen Soler¹²– sino una herramienta revolucionaria, en fin, de la praxis.

No se niega la existencia de las otras formas de literatura sino que se confronta con la ideología burguesa y su propuesta literaria; como cada escritor que es producto de su contexto, Dimas Aranda no pudo evitar el traslucimiento al hacer poesía...

12 La cita referida se encuentra en el prólogo que escribió Dimas Aranda para la publicación de *La alondra herida* (antología curada por Matena Aponte Soler) de Carmen Soler.

Antología de una roja tierra

Decir que está en la patria, es casi poco.
Decir que está lidiando alzando el brazo
y señalando el rumbo deseado,
es mencionar que Dimas está en lo cierto
al decir que es el pueblo el que gestiona
la historia con su afán y su ajetreo.

Aranda que es poeta, es buen Santiago,
y buen poeta es Dimas con su azada,
que canta cada día y mejor canta,
y que en prosa menciona las virtudes
de este pueblo que insiste en ser obrero
de su vida que en todo es permanente
lucha por ser del aura su futuro,
rector de sus pasiones matinales.

¡Con él ya se comienza a ver el día!

Luis María Martínez, *Con Santiago Dimas Aranda.*

POÉTICA

Juventud

Había ya un pedazo de trueno en mi garganta.
En mi cuerpo pequeño,
bajo mi propia sombra,
se agolparon los sueños con sus voces heridas
y pensé que era un hombre
y dejé de ser pájaro.

Luego,
oscuras dolencias tatuaron mi cuerpo,
en mi aurora cantaron doloridas alondras
y fui canto volando
y fui pluma en el viento.

Y pensé que era pájaro
y dejé de ser hombre.

Hombre o pájaro,
entonces,
ave enferma en el alba.
Hombre o pájaro,
entonces, bebí sed de distancias.

Juventud no quedaba.
No quedaban ya cantos.
Sólo truenos y truenos
y una luz de relámpagos.

A un joven poeta

Preguntas, joven poeta, si gritar es poesía.
Yo te respondo «sí»
en este tiempo sin metáforas
en que el cuerpo del hombre y su esperanza
no pasan de ser sólo sombras
y un gran silencio interrogante a cuestas.

Yo te respondo, poeta,
que la metáfora, hoy,
es piedra que aplasta y metal que hiera.

Yo te respondo «sí»,
que gritar contra el silencio es poesía.
Grita, poeta, contra la sombra,
grita contra la muerte,
¡grita hasta morir!

Rebelde corazón de América

Éste es el sueño
en este tiempo sin paz encanecido
largo como un largo río
brotando de la noche
Largo grito este grito
largamente labrado en labrantía de siglos
hondamente rebelde y perseguido

Éste es el pueblo
Ésta, la tierra por siglos defendida
Ésta es la vida
Ésta es la paciencia
Ésta la madre de los hijos buenos

Mi tierra es amalgama de sueños y paciencias
Sueño de saberse hombres
viviendo como parias
Paciencia de ser sombra solamente
voz de perro que ladra sobre el espacio huérfano

Mi tierra quiere al hombre
su mejor heredad
Mi tierra busca al hombre
Mi tierra es un espejo donde
el hombre contempla su dolor
su esencia malogrando espigas
derrochando la corta moneda de su vida
su erosionado amor

¡Padre nuestro que estás en las amelgas
esmirriado y anónimo
indefinidamente ciego de atisbar el desierto
triste de este invierno en invierno
enfermo de roer el hosco panal del hambre
sordo de gritar
en la ajena vastedad de los ajenos campos!

Hay violencia en la sangre
Hay lodo en las conciencias
Hay siembra de olvido
de dilatada muerte en la gleba que devora el viento
Vieja muerte trillada y viejo grito
en este viejo corazón rebelde

Pero siempre es la tierra, la esperanza
mujer sin rostro
sin harapos
dulce espiga en los pechos
dulce escudo de cantos

Simplemente esperanza
Simplemente semilla postergada
insepulta semilla sustentada
por antiguas raíces de silencio

Encima anidan las calandrias
y el tiempo

Abajo, el verde canto tropical
y el pueblo
Calandrias en la cruz del viejo rancho
un símbolo desnudo de protesta
en torno
la barbarie del hombre contra el hombre
Y en torno
el silencio
¿Dónde andarán los héroes olvidados?
¿Forjarán nuevas armas con metal de campanas
al izar la mañana su pendón de luceros?

Una ley para la vida

*Homenaje a Pedro Giménez,
otra víctima de una ley latifundista,
anacrónica y vergonzante.*

Contra la demente destrucción de suelos,
selvas, ríos, lagos y arroyos,
queremos una ley.

Contra la indigencia campesina crónica
que abate alegría, salud y esperanza,
queremos una ley.

Una ley que castigue la tenencia inicua,
dignifique al agro y fomente bonanza,
bienestar y paz.

Una ley paraguaya que defienda la vida,
no una ley metralleta,
no la ley que asesina,
no la ley del derroche para infames logreros,
no la ley de la hambruna para humildes labriegos.

Si morir es preciso por tener nuestra ley,
pues, morir de una vez, no ser meros intrusos
en la tierra que es nuestra
por herencia de sangre...

¿Alguien duda, tan sólo, que esa muerte es legítima?
¡Vaya que sí, lo es, por defender lo auténtico!
¡Es mil veces mejor que aguantar la ley sucia,
ley feudal, trampa espuria,
ley que castra la esencia de Natura y del hombre,
ley mentira, ley prebenda,
ley miseria,
ley mortaja!

¡Queremos nuestra ley!

Tam... Tam...

A Lumumba

Tam-tam de madera loca
seca, vieja, negra, herida
a golpes fortalecida
rebelde madera hueca
Congo, Katanga, Tam-Tam...
África negra ahuecada
a golpes de mano armada
domesticada a napalm
Retumbo de gong letal
África negra ahuecada

De norte a sur derramada
muerte de rubio arsenal
Sangre a la roca arrancada
roja miel, negro panal
Alhajas para soñar
por negras manos pulidas
Duras sonrisas heridas
de piedra sin madurar
Muerte de rubio arsenal
cada diamante una vida

Brillo de oscura quimera
brillo de amarillo metal
Zumbo de jungla guerrera
llanto de gong gutural
Muerto Tam-Tam en la guerra
ya llegará un general

Negro de negra madera
muerto a dinero cabal
Brillo amarillo metal
brillo de oscura quimera.

Rubio señor de la guerra
llega por aire o por mar
Grita la jungla despierta
¡África quiere cantar!
Negro de azufre y de tierra
ya aprenderás a gritar
Cuando la muerte se acerca
ya lo sabrás espantar
Muerte de rubio arsenal
muerte hallará por doquiera.

Pies en tierra

Poso el oído en tierra
para captar los cantos olvidados.
Poso el oído, los pies, las manos
y el corazón en tierra.

Desde abajo y desde lejos
una canción me llega,
desde las tardes con olor a verbenas,
desde las mañanitas verdes
con veletas de mirlos y zorzales.
Son las voces que fueron
-pero están-
y son la esencia de mi alegría.

Retomo los caminos ya borrados
que esperan otros pies
para volver a ser caminos.

Rescatando el rebrote de la vida,
de repente me vienen al encuentro
mis frutales urgencias,
aquellas
que no me cabían en las manos
porque nacieron pletóricas
en el regazo de la esperanza.

Piso la tierra desde mi edad descalza,
desde aquella edad

en que vivir era fraternidad y hombría
en el terrón del cual provengo,
terron mojado de sudor y ajeno
que puso a germinar bajo mis pies
la semilla del canto.

Comencé cultivando un frutal pequeño
en la heredad de mi infancia campesina,
un árbol,
en cuya raíz dormía el tiempo.
Después, lo vi crecer y darse al mundo,
y desde entonces, poco a poco,
comprendí que Natura puede más.
Un hombre sólo es un hombre.

Cada brote, un capítulo de vida.
Cada pimpollo, preludio de futuro.
Nada en el mundo es fin en sí.
Semilla, brote, pimpollo,
todo es un irse sin término.

Ahora planto naranjos
con el aroma de mis ancestros.
Los planto para reverdecirme
y probar que mi amor no acaba allí,
que mi amor se transfiera
a mis adláteres de antes y de siempre.

Pienso que la vida
no puede ser sólo un juego
donde se gana o se pierde simplemente;
que el ser o no ser
sólo habrá de resolverse un día
entre el hombre y el hombre
y su conciencia.

Pienso que el árbol es un antiguo ejemplo,
creciendo hacia lo alto y lo profundo;
que el hombre es hombre, ser racional o animal pensante,
edificante si capaz de dar y darse,
viniendo desde atrás y desde abajo,
porque sólo así se crece,
viniendo yendo pensamiento al frente,
aunque mero pasajero,
ser presente.

Aún soy yo

A Perla

Era entonces la carne retozando
Aún no había crecido la razón
Era fauno pastando en los rosales
de tus años floridos. Era yo

De que el fuego de tu alma no haya visto
De que sólo en tu cuerpo haya visto amor
De que tu voz quemara mis sentidos
fuimos culpables los dos

La conciencia no nace en el desierto
Tiene vida, es fuerza, es dolor
Es materia lumínea que ha crecido
quemando poco a poco el corazón

Que hoy festeje tu voz con mi silencio
Que a tu belleza prefiera tu razón
sólo es que fauno de tristeza ha muerto
quedé yo solo... pero aún soy yo.

Roja Tierra

Vengo quedándome de a poco
permaneciendo en ti
permaneciendo
roja tierra de sol
de donde vengo
de donde emerge mi voz
de donde vengo
abandonando el alma
abandonando
una esperanza anclada
en cada puerto

Es del destino andar
dejando siempre
en cada rama un nido
una promesa
una esperanza nueva
en cada beso
y desplumar la vida
hasta el martirio
en cada canto al viento
abandonado

No sé si odiar o amar
y sigo amando
mi roja tierra, tú
de donde emerjo
y a donde voy

como follaje al sol
que es vida y muerte

Vivo muriendo así
de canto a canto
de canto a canto así
vivo esperando
tendiendo a ti
mis anhelantes brazos
Quiero entregarte ya
toda esta vida
esta gota de sol
gota infinita
de este fecundo aliento
una semilla
una semilla fértil
de este sueño
en la fértil llanura
de tu anhelo

El canto demorado

*(a la gallarda y
combatiente juventud de mi tiempo)*

Ahora que no he muerto de esperarte
reconstruyo mis días sin ojeras
descalzos y briosos que llegaban
cabalgando y cantando
con sus bravas cosechas estivales.
Incubado en tu barro -te confieso
enamorado a las flores de los cardos
y a las oníricas hembras de los pájaros
con quienes aprendí la artesanía
de la vida y el canto.
Y también aprendía que hacer la casa
acostarse
vivir
procrearse en el barro
serían meramente un sucio juego
si no fuese humano.
El barro -digo
enfurecido a veces como la sangre misma
dio símbolo a mis pies
raíz a mi vital madera
asidero a mis manos que empujaban por la endiablada
cuesta
la sombra triste
de escuálida ramera
de una esperanza que no quería tumbarse.
Volver
-digo nombrarte-
es recapitular vivencias capitales

urgencias que eclosionan de la misma manera
como germina dentro del corazón un grito
como se engendra el sueño
el dolor
¿y por qué no decirlo? ¡la conciencia!
¡Claro!
a veces
de la misma manera
se nos clava el veneno del silencio en la nuca
se nos castran los cantos
se nos fugan los sueños como un irse en sangre
pero siempre nos queda
lo que queda en la boca milenaria del pueblo
la palabra prohibida
castigada y esbelta
la que crece en las huellas de los crucificados
y de los que se fueron con los brazos en cruz
la que ha roto de pronto la escafandra del miedo
para el pacto supremo de la muerte y el parto.
Tenían que volver tus aletazos
¡juventud de mi tiempo!
Tenían que volver tus demorados brincos
navegando en la sangre
para reconocerte
para reconstruir tus primaveras
¡y tus arduos luceros y tus cardos calientes!
Allí
sobre las huellas de galopados tiempos

fecundas con el humus de bellas promociones
al ritmo y los metales del alba incorporadas
encontrarás tu patria
tu leyenda
tu canto.
Y ahora
finalmente
de vuelta constelada
junto al vivac de militantes sueños
contigo
juventud
¡oh, si pudiera
contigo renacer eternamente
y si habrá de morir
morir de muerte
que tenga tu violencia enamorada!

El silencio

Nadie comprende lo que está ocurriendo
en esta casa grande.
Los gritos prenden, corren, y de pronto
el tiempo vuela como un cisne grave.
Nadie comprende
aunque sufran todos de la noche al alba
aunque duelan cosas
aunque esté doliendo una tajada de hambre
en las amargas bocas
de los herejes de cualquier pelambre.
Ya no es sólo de pan que necesitan
los pequeños gigantes de esta casa.
Vivir ya no es guardar en alcancías
el guisante y su sal alquimizada.
Ya no es cubrir con ropa y con corbata
una herida callada cada día.
No piden libertad los que soportan
vitalicia mentira sin sosiego
los callosos obreros, los maestros
sembradores antiguos, olvidados
y obligados a seguir sembrando
sobre el parco terrón de los olvidos.
No se nutren de libertad los niños.
No se visten de pan los estudiantes.
No alimenta la esperanza al pueblo.
Un silencio caliente es el silencio
un silencio de tempestad latente
contra toda servidumbre y fuero.

Nadie comprende lo que está ocurriendo
en esta casa grande.

Yo tampoco comprendo pero pienso
que dos y dos son cuatro desde siglos
(aunque el vivir no es suma sino resta)
que la verdad no es cuento ni es trofeo
que la felicidad es hembra recia
que sólo por amor se acuesta
que en esta casa el tiempo no es amigo
y que la libertad no es el silencio.

Ofrenda

Te traigo en mi pañuelo la humareda del puerto
y un corazón bandera desplegado en el viento.
Los nuestros que roturan la noche tiempo adentro
nos hablarán de cómo se conquista un lucero.
Nos hablarán del hambre compartido, del verso
que en las picadas nace como un hijo a destiempo,
del sueño que cabalga sobre piernas de acero
trazando densos mapas en el silencio denso
del ñandutí que tienda su falda color malva
a lo largo del rumbo donde se filtra el alba.
Nos hablarán del rostro taciturno de enero
de la dura estrategia de medir con el cuerpo
los caminos por donde llegarán tiempos nuevos.
Y nos dirán de cómo, con los labios resecos
la canción es torrente con frescor de aguaceros.
Te traigo en mi pañuelo la humareda del puerto
y en los ojos un río de rebelde misterio.
Es difícil; tenemos
en los pies el veneno de una brújula inquieta
en los brazos un mástil de irreducto madero.
Te traigo en mi pañuelo la humareda del puerto.
Esta noche es coraje el que empuja mis huesos.
Es un grito que rompe la estrechez de mi cuerpo.
¡Es un grito de tierra que en los tuétanos siento!

Memorándum

Señores gobernantes:

Por si acaso olviden la premisa aquélla
de honrar a la sangre derramada,
nuevamente gritamos
los partícipes del marzo paraguayo
para decir ¡presentes!
El pueblo mártir que asumió la brega
y rescató la voz de los caídos
ha condenado a muerte a los traidores.

La Patria, señores gobernantes,
no es simple discurso, no es saliva.
La Patria es dolor, y muchas veces
la Patria es sangre.

Y es grito de protesta
de gente luchadora y preterida.
Y es cifra capital, urgencia viva
de lo que nunca fue pero será,
porque es ley que rige el universo
la vocación de ser.

Entonces, señores gobernantes,
¿por qué tanta demora
en comprender el contenido exacto
de cada gota de esa sangre amada,
del holocausto popular reivindicante,
del sagrado dolor de nuestros héroes?

¿Por qué esperar que el tiempo borre,
que seque la sangre el sol de la indolencia?
¡Abran paso, señores, al coraje
y a la justa justicia!

Por si acaso olviden la premisa aquélla
de honrar a la sangre derramada,
hoy volvemos a gritar por las heridas:
¡De la sangre vertida por los mártires
renacerá la Patria!

Marzo, 2000

Villarrica

Es ella la reina,
que duerme su hechizo sobre la colina.
Y el cielo se inclina
por rozar sus curvas con un beso azul.

Es ella hechicera;
solazan su encanto núbiles doncellas;
que danzan descalzas
a un ritmo que mece sus formas de tul.

Culebras dormidas, ebrias de esmeraldas
la guardan tendidas.
Y es rica, muy rica...
Tienen sus doncellas
poblada sonrisa de perlas de Ormuz...

Es rica, muy rica ...
la mece voluptuosa noche ennegrecida
de místicas nupcias,
mientras las estrellas
exodializan músicas de luz...

Su glauca silueta
juguetea el aura de sus mil fontanas,
que en la fronda, quietas,
en verde coloquio murmuran plegarias.

Está enamorada
y es toda romances y música indiana.
De albor saturada,
besa embebecida sus senos la luna. . .

Aladas orquestas
de ruisiñores con arte desgranán su regia
auroral serenata,
y vestida de áureo sortilegio, amanece la reina
Es ella la musa,
que voluptuosa sobre la colina
su hechizo dormita.
Es ella mi reina: es bella y es rica.

Página breve

Haber nacido en sombras y perseguir una estrella.
Abatir la tiniebla tras la luz que buscamos.
Vivir con quienes nos odian porque no nos comprenden
y a quienes comprendemos y a quienes amamos...

Solitaria existencia entre la multitud.
¿Eres tú,
juventud?
Eres página breve, más final que comienzo.
Eres brisa que dura sólo un soplo y se va.

Multitud ciega y sorda,
¿para quién mi cantar?
¿Vale más mi silencio que mi verdad?

Quién pudiera ser ave
sin maldad,
sin bondad
y en las calles del pueblo
simplemente cantar.

Quién pudiera ser árbol
sin hablar, sin andar
y en la choza más pobre
ser la lumbre
o el pan.

1948

Misión Cumplida

No es tan fácil retomar lo caminado,
recontar paso a paso lo perdido,
rescatar brizna a brizna lo ganado.

No es tan fácil construirse de memoria
un castillo sobre un lago de esperanzas.
Luego encuentras que el lago se evapora
y el castillo deviene pura arena.

Una tarde, hace muchas primaveras,
comencé mi labor como en un sueño.
Construyendo viví desde ese evento,
y es difícil contar cuánto he pensado.

Construí en inviernos y en veranos
con estoicismo de tenaz obrero.
Sobre mis hombros transporté mi tiempo
y amaciqué mi verdad con un concreto
de luchas de pasión y sufrimientos.

Y si eso fue vivir, pues viví, confieso,
sin faltar a mayores requisitos.
Construí, planté árboles, engendré hijos;
con amor y sudor, escribí libros;
cumplí con la misión de un hombre, y punto.

1991

Obrerito

Música de José Asunción Flores.
Letra de Santiago Dimas Aranda.

Soy
música nueva
voz que florece
grito de amor.

Hijo del trabajo
del sol y del viento,
una canción.

Y junto al claroscuro
del amanecer
descalzo va
el corazón.

Por un camino de esperanza y lucha voy
junto al radiante despertar
de un nuevo sol.

La tierra humedece
llantos de madres
sangre y valor.

¡Ay!
de mi organillo
se está viniendo
roja la voz.

Y así entonando en su organillo
una canción
va el obrerito a su labor.
Un caminito verde y rojo
va con él.
En lontananza el horizonte nacional

¡Mi Paraguay!
grita la sangre
tu senda clara, tu sol radiante,
¡Mi Paraguay!
soy tu obrerito que está creciendo
para ser tu redentor.

¡Aleluya, Maestro!

A José Asunción Flores

¡Claro que deseabas volver alguna vez
a la prístina raíz que pocos presentían!
Volver a la semilla prisionera
del tiempo en que eclosiona la armonía.
Volver a refrescar en la surgente
la luminosa sed de tu esperanza...

¡Claro que deseabas volver
anunciando con pífanos de plata
la vuelta de los libres cultores de la vida,
la vuelta del honor y la justa justicia...
volver cantando como el cisne legendario
a lo ancho del cielo de la patria!

Y al cabo vuelves, Maestro, como vuelve el lucero,
trasponiendo el abismo que te impuso la muerte.
Sucede que has vencido.
El saurio aquel, terrorista de estado,
no pudo hacer que el miedo borrara tu memoria.
Ya todo el mundo sabe que el furor del tirano
sólo supo llenar de azufre las conciencias.
Y entre tanto,
las arpas y guitarras en manos populares,
para gloria del pueblo, florecieron guaraníes.

Tú ya no morirás mientras viva la música,
mientras viva el amor y un sonoro cordaje.
No morirás porque el pueblo en que lates

ha venido guardando y guardará tu nombre
en el cofre sagrado del reconocimiento.

¡Aleluya, Maestro!

La patria está de fiesta

porque al fin recupera tu heráldica ceniza,

la que habrá de fecundar la libertad bendita

que en esta tierra hermosa contigo quedará.

La subversión

En Villamorra o Lambaré
dicen que fue.

Una bomba tal vez
o algo peor
en la octava de Reyes,
oh, Señor...

Dicen
que un experto descubrió
metida en un cajón
la subversión.

NARRATIVA

Los Desterrados

-¡Por Dios Santo, Hermelinda! ¡No hay lugar en la tierra para nosotros! -dijo Loreto Paiva con una herida en la voz, en tanto se desplomaba en el catre que yacía debajo de un yuquerí-. ¿Adónde iremos ahora? ¡¿Adónde?!

Su morada estaba allí, casi en el agua; una suerte de rancho armado con arbustos, lonas y cartones, cuya única abertura daba al río.

Mordido el pecho de amargura, llegaba de la ciudad. Aún en la frágil sombra del arbolejo, su rostro ardía. El sol, que estallaba sobre las ondas del río sumamente crecido, lo venía encandilando desde que entró en el bañado, impidiéndole sortear los aguachares del camino.

Era mediodía. Loreto llegó empapado. La mujer, en cuclillas, apantallaba un fuego agónico. Se tapó los oídos. La vehemencia progresivamente amarga de su hombre la atormentaba, tanto que llegaba a pensar que algo grave pudiera tener en la cabeza. Por fin, despacio, se levantó y caminó hasta cerca de él. Lo miraba insegura. Sus labios cuarteados y sus ojos muy irritados por el humo de la leña de yuyos no se movían.

Loreto tendió la mirada turbia alrededor del rancho buscando a los hijos. Recién entonces la mujer habló:

-Se fueron a cuidar autos -dijo-. Si consiguen plata van a traer galleta.

Un cansancio no sólo físico dominaba a Loreto. En su ausencia, durante la mañana, el agua había avanzado casi tres metros. Fatalmente, en un par de días más, el rancho estaría inundado, motivo harto suficiente para sentir postrado el ánimo. De pronto, de tanto abatimiento, quedó sumido en un fatigoso sueño. A Hermelinda le seguía zumbando en el oído su lastimera pregunta: ¡¿Adónde!?

Provenientes de múltiples lugares -caso curioso-, habían ido finalmente a parar en ese lodazal. Tanto Hermelinda como Loreto iniciaron su andar peregrino siendo aún adolescentes, cuando sus respectivas familias, empujadas por extremas necesidades, emigraron a la Argentina. Allá tuvieron trabajo y un discreto pasar. Años después, los jóvenes se juntaron. Se hicieron de una vivienda y pronto tuvieron dos niños. Les iba bien. Pero llegó un mal día en que, espantados por la violencia desatada en aquel país, malvendieron sus pertenencias y nuevamente cruzaron la frontera.

De vuelta a la tierra natal, no buscaron alojarse en los pueblos. Campesinos al fin, prefirieron regresar al agro. Y en ese afán, buscando un espacio para afincarse, llegaron hasta un lejano paraje, en pleno monte, donde se sumaron a otros establecidos con anterioridad. Éstos les dijeron que la tierra era fiscal, que podían levantar un rancho y empezar el desmonte. E incluso les ayudaron a hacerlo. Y ellos, que nunca conocieran un gesto solidario, no sabían si soñaban o vivían despiertos.

Poco después, dada la casual presencia de un hombre que llegó pidiendo posada y decía ser gestor agrario, los Paiva y sus vecinos encargaron los trámites pertinentes a fin de asegurarse la estabilidad en esas tierras. El hombre les advirtió que la cosa no sería tan

simple ni tampoco gratuita, lo cual era previsible. Todos estuvieron de acuerdo con el precio. Y los Paiva, que por suerte contaban todavía con parte del dinero obtenido de sus ventas en la Argentina, también lo aceptaron. El gestor se llevó consigo los datos de las personas y de los predios ocupados, y prometió novedades para dentro de seis meses.

Mientras tanto, todos continuaron trabajando de sol a sol, sin tregua, transformando la breña salvaje en promisorios plantíos. Los Paiva, al igual de los demás, derrochaban optimismo. A cada esfuerzo, la gleba oscura les retribuía con tiernas mieses. Y la esperanza les sonreía como un niño que empieza a caminar.

Apenas vencido el plazo, el gestor reapareció. Traía un bolso con varios rollitos de papel mecanografiado. Los textos tenían por título «Certificado de derechera». Al pie había una intrincada firma y un sello morado.

-Es una venia de usufructo de acuerdo a las leyes agrarias -dijo el hombre a modo de explicación.

Y bien, cada cual le dio su paga, y se fue. Para los Paiva y demás beneficiarios, aquel «Certificado» era motivo de gran alegría. Representaba seguridad, tranquilidad y un estímulo para entregarse al trabajo por entero. Loreto Paiva, aunque corto de fondos, quedó contento. Esperaba resarcirse de lo gastado con la primera cosecha, la cual estaba casi lista. Y, efectivamente, fue ésa una buena cosecha. Les dejó alimentos, ropas y algún dinero en efectivo, parte del cual, Loreto se apresuró a depositarla en la caja fuerte de una financiera de su confianza que operaba en el pueblo más cercano,

donde, seguramente, algún beneficio había de rendirle. Todo le hacía suponer que ese dinero iría creciendo año tras año.

El invierno encontró a los Paiva reunidos en un cálido rancho con olor a nuevo, con mazorcas que llenaban los tendales y un fuego crepitante en la cocina donde la buena comida no faltaba.

Era el primer invierno que pasaban allí. Terminada la cosecha, la tierra descansaba en espera de la nueva semilla y del nuevo esfuerzo. Sólo hacía falta una lluvia para empezar la arada. Lastimosamente, desde el pasado otoño no llovía. Durante la cosecha, el tiempo seco resultaba una bendición. Pero luego, al prolongarse con exceso, la sequía se tornó preocupante.

Dos meses más transcurrieron y, al extremo de la angustia, en lugar de la ansiada lluvia -¡cosa de no creer!-, algo consternante y desolador llegó a los ranchos: un escrito de una tal «Silvícola Marangatú» que mandaba desalojar y alambrar toda la comarca.

Desmoralizados, aunque con alguna esperanza todavía, los colonos -porque aquella era ya una hermosa colonia- presentaron sus reclamos presurosos a las instituciones correspondientes, pero ninguno prosperó. «Ustedes ocuparon propiedad privada -se dijo-; el delito que cometieron no les da derecho a nada; al contrario, si insisten, pueden ser castigados por la ley». Ningún testimonio fue válido, ningún «Certificado de Derechera» ni nada. Para ellos no existía derecho ni razón. Sólo la «Silvícola Marangatú» los tenía. Y ante la resistencia que, ciegos de indignación, iniciaron en defensa de las que aún creían sus legítimas posesiones, llegó gente armada y uniformada, y la violencia cobró ribetes descomunales.

En conclusión, todas las cabañas fueron reducidas a ceniza, y sus moradores, sin importar edad ni sexo, muertos o encarcelados.

Los Paiva, desde entonces incomunicados y sin ningún proceso, se pasaron restando años, meses y días a la existencia. Y llegado finalmente el día cero, secos los ojos, sin horizontes la vida, de pronto se encontraron arrojados en una calle de hostiles piedras. Estaban, pues, en libertad, pese a las muy difundidas acusaciones de bandidos y terroristas esgrimidas en contra de ellos. Eran libres de irse, mas no sabían adónde. Nada veían delante, nada atrás, que pudiera sostenerlos o guiarlos. Padres e hijos estaban enteramente anonadados. Para ellos, también la vida había quedado detenida durante la noche interminable del presidio.

Y en ese desértico momento -en que estar libres era peor que encerrados porque ni la esperanza estaba salva-, Loreto, sin embargo, como despertando de la horrible pesadilla, se acordó de repente de la financiera aquella depositaria de su ahorro familiar. Y pudo recordar entonces, como consecuencia, del recibo que le habían dado y que tenía escondido en algún pliegue de la ropa -harapo en cuatro años de prisión- que aún llevaba puesta.

Dejó a la mujer y a los hijos refugiados en una vieja recova, y él tomó la ruta. Caminó días y noches sin un bocado, sólo bebiendo el agua de los arroyos, hasta llegar al pueblo donde creía tener su dinero.

Y, menos mal, lo tenía. Lo recuperó tal cual era. En cuatro años no había crecido un céntimo. Pero él se calló. Tenía su dinero y dio por ello gracias a Dios. Al recibirlo, su primer pensamiento fue el

de comprarse un terrenito, hacer propio un espacio donde alojarse con su familia.

Volvió a la ciudad en ómnibus, y ni bien allá, echose a recorrer las calles, visitando las numerosas empresas dedicadas al lucro inmobiliario. Pronto debió convencerse de la enorme devaluación de su dinero, tanto que apenas le alcanzaba para cubrir un par de cuotas del más modesto lote. No solamente su capital no había crecido sino, al contrario, se achicó. Pero Loreto, apasionado por poseer un rincón donde afirmarse para comenzar de nuevo, resolvió cerrar trato con una de las empresas. Pagaría sólo una cuota de entrada y el saldo en sesenta mensualidades, ya con el fruto de su trabajo, desde luego, porque algún trabajo tenía que haber para él en la ciudad. Lo daba por seguro. Después de tanta yeta, no era posible que allí no le fuera mejor.

Así las cosas, los Paiva caminaron hasta un lejano predio, hacia las afueras de un poblado nuevo llamado Villa Presidente. Allá juntaron pajas, trozos de madera y otros materiales, con todo lo cual más una sin par perseverancia, formaron un cobijo. Después, mientras Loreto emprendía la búsqueda de algún trabajo, la mujer y los niños se ocupaban de remover la tierra con improvisados instrumentos de madera que obtenían de los cercos vecinos, preparando almácigos y plantando cuantos naranjitos y arbolillos útiles podían encontrar en los alrededores. Así, nuevamente, recomenzaban el futuro.

Luego pasaron días, semanas, y pasó el mes. Contrariamente al vaticinio de Loreto, la ciudad no ofrecía ocupación valedera para un labriego como él, menos aún teniendo un antecedente como el

suyo de peligroso bandolero y terrorista según las informaciones difundidas en su contra, aunque hubiesen quienes pensarán que aquella acusación no era más que un justificativo para mantenerlo preso. Apenas pequeñas changas conseguía, si bien ninguna desechable, por supuesto, dada la situación que atravesaban. Sobrevivir era lo principal, naturalmente. Y eso, por suerte, Loreto lo podía lograr. Pero el tiempo huía entre tanto y el pago de las cuotas del terreno se veía postergado sin remedio. Ganar un salario que al menos las pudiera solventar, de penosa esperanza pasaba a ser un verdadero sueño.

Al tercer atraso, la inmobiliaria envió un aviso; al sexto mes, el desalojo, procedimiento legal y usual, desde luego; rutina de la libre empresa.

A partir de entonces, durante todo un año, los Paiva rodaron de ajeno en ajeno, hasta que, desplazados de todos esos sitios, entraron a pensar en un recurso extremo. Ocuparían algún espacio que nadie pudiera reclamarles; algún pantano o algo parecido. Y al momento concibieron la idea de meterse en los bañados del río, áreas inhóspitas, declaradas insalubres. Ocuparían un redondel cualquiera, mínimamente habitable, aún compartiéndolo con las ratas y culebras.

Así llegaron a esa orilla, como última opción, segregados por una sociedad sin alma. El río -menos mal- se veía acogedor, mansamente acostado en su lecho natural, abierto y tibio, tal el regazo líquido de la pródiga Natura, tan benévolo y hasta capaz de ayudar. Sin pensar más, armaron el ranchito a unos treinta metros del agua, sobre un banco de arena casi firme, si bien rodeado de algu-

nos aguachares con camaloes y arbolillos de yuquerí. Ahora, con que Loreto pudiera seguir teniendo alguna que otra changa en la ciudad, la vida continuaba para ellos, y tal vez con menos sobresaltos. Por de pronto, ya la pesadilla de las cuotas impagas la podían olvidar. En cierto modo, la inmobiliaria los liberó de todo, incluso del sueño del terreno propio. En adelante quizá pudieran dormir tranquilos. Nadie había de reclamarles ese lugar pestífero, salvo las sabandijas.

Pero algo quedaba del cual ni allí podrían estar libres: la miseria. En efecto, por causas que escapaban al conocimiento de los Paiva, la desocupación y la carestía se agudizaban. Al poco tiempo, Loreto no conseguía ni la mínima changa. Invertía días interminables en caminata estéril. Para colmo, desde que se instalaran junto al río, fuertes vientos del norte predominaron arrebatándoles el último recurso: la pesca.

Una mañana, al cabo de varias noches sin un sueño, Hermelinda se levantó ni bien se marchara su hombre y despertó a sus hijos diciéndoles:

-Yo también me voy a buscar trabajo. Si Loreto llega primero, díganle nomás que vuelvo enseguida. Ustedes vayan a tirar la liñada por si acaso pica algo. Si consigo plata, he de traer galleta -y salió.

Esa noche, la pareja riñó, hasta que al fin ella se impuso. Iría a trabajar de mucama en una casa de citas.

-Es en el centro mismo -dijo-. Un trabajo como cualquier otro. Además, la plata vale lo mismo venga de donde venga. Total, ¿a quién le importa? Pedir limosna es peor. Y peor morir de ham-

bre. No podemos seguir así, Loreto...

A pesar de la contrariedad del hombre, comenzó desde el día siguiente. De entrada debió pedir un adelanto para los pasajes. Al terminar la semana pidió otro, esta vez para costear la buena presencia que le exigía la casa. Así concluyó el primer mes con lo justo para los pasajes del próximo. Pero continuó. Necesitaba la comida que recibía, mitad de la cual guardaba para llevarla a su gente. Al tercer mes, ya persuadida de que aquello no valía la pena, se dispuso a dejar. Fue cuando la patrona de pronto la llamó.

-Quise darte la oportunidad de ganar plata -le dijo-. Yo, mucama casi no necesito. Más me importa tu trabajo en la cama. Pero vos no mostrás interés. No sos muy fea, pero ya veo que no servís para esto. En dos meses agarraste apenas cinco tipos. Y eso que te doy doscientos guaraníes extra por cada uno. Pero ni así. No servís para este trabajo.

Fue su último día de mucama. Por suerte, los chicos se habían iniciado en el oficio de cuidar autos. A medida que la escasez empeoraba en los sectores marginados, en ciertos otros se multiplicaban los coches de lujo. Los noveles cuidadores, que rondaban los quince años aunque aparentasen diez, obtenían, con un poco de paciencia y otro de picardía, algunas monedas de propina. A la noche, padres e hijos se reunían en el río. Hablaban poco, sólo monosílabos, lidiando con los jevenes y los hilos de pescar. En la orilla hervía una lata. Dentro iban a parar los mandíes y algunos carimbataes. Ciertamente, era de imaginar cómo pasarían sin ese río.

Pero, en los primeros días de febrero, Loreto tuvo una corazonada. Ni bien se enteró de la muerte accidental de un peón albañil en una obra importante, allá se presentó. La construcción «caminaba» pese a la crisis porque el propietario era capo del gobierno. La obra debía ser entregada a plazo fijo, y la falta del peón causaba demora.

No había tiempo para elegir. Loreto llegó a punto. Ni el nombre le preguntaron.

Esa semana cobró tres días de trabajo, suficiente para que la vida de los Paiva comenzara a mejorar. Ahora podían comer todos los días. Hermelinda pudo usar carbón en lugar de la leña de yuyos. Tres semanas después hasta los chicos pudieron inscribirse en una escuelita orillera y se compraron lápices y cuadernos. Pero la cuarta semana fue de lluvias interminables. Llegó marzo y los chicos no pudieron asistir a clases.

Por desventura, esas lluvias marcaban el comienzo de una nueva y muy apresurada mala época. Sucedió, en efecto, que no solamente anegaron la escuela sino, como verídica fatalidad, provocaron la paralización en el trabajo de Loreto, siendo él uno de los primeros cesantes.

Para colmo de males, a mediados de marzo arrancó la creciente. El agua empezó a roer centímetro a centímetro los bancos arenosos. Loreto, que apenas podía dormir de preocupación, madrugaba día tras día para continuar la búsqueda de trabajo. Encendía el fuego y, en tanto calentaba la calderilla de lata, escudriñaba el río. Luego de beber su «cocido», clavaba una estaca en la orilla y se iba. A su vuelta, invariablemente, la marca estaba sumergida. Aquél ya no era el manso río acostado en su lecho natural. Crecía sin pausa, amenazando el rancho con un cerco siniestro. No cabían dudas; el redondel que habitaban estaba condenado. Nuevamente, además de golpear puertas pidiendo trabajo, tenía que buscar un espacio sin dueño, algún hueco cualquiera acorde con su extrema indigencia. Y esta búsqueda no admitía demora. Era cruelmente perentoria.

Fue en medio de ese trajín desesperado que se enteró de la existencia de cierto organismo benéfico que ayudaba a los damnificados por la creciente alojándolos en lugares de emergencia. Casi podía decir que se le abría el cielo. De inmediato, dejando de lado su otro afán, corrió a buscar esa ayuda. Se presentó. Pero, al exhibir su documento de identidad -malhadado requisito-, la persona que lo atendía lo sometió a un minucioso interrogatorio, constatando sin lugar a dudas de quien se trataba. Y con falso comedimiento, te dijo:

-Lastimosamente, señor Loreto Paiva, no hay lugar disponible.

Inútiles fueron las súplicas. Ese nombre causaba pavor. La acusación hecha pública por todos los medios de difusión, al no haberse rectificado, seguía vigente. Era un brutal estigma que lo excluía de todo.

Fue, pues, luego de aquella última estéril gestión, que regresaba a la morada del bañado enfermo de amargura, lamentando a viva voz la maldita suerte que compartía con su familia. Sin ganas de seguir buscando, ni seguir viviendo quizá, llegó con su plañidera protesta, tumbándose sobre el catre tendido bajo el yuquerí, donde al final quedó dormido.

Hermelinda, de nuevo apantallando el fuego, no apartaba de él sus ojos desorbitados. La había asustado la voz sumamente afectada de Loreto, cuya salud mental, al cabo de tanto sufrimiento, creía trastornada.

Dormido su hombre y presa ella de tanta desolación que la invadía, se puso a mirar el impresionante río, comenzando por divisar a lo lejos un gran manchón de camalotes que la corriente traía. A me-

dida que aquello avanzaba, le llamó la atención su desplazamiento diferente al de los demás manchones que lo acompañaban aguas abajo. Continuó observando el bulto y, de repente, para su mayor extrañeza, vio que dejaba la correntada describiendo una lenta curva hacia la orilla, donde al rato quedó varado en el barro, a muy corta distancia del rancho.

Realmente, era cosa de extrañarse, tanto por su comportamiento en el agua como por cierto ruido, no de camalotes, que habría producido al vararse. Hermelinda, viéndolo tan cerca de ella, comenzó a sentir miedo. Corrió hasta el catre, se inclinó sobre Loreto y, nerviosa, le gritó al oído:

-¡Che papá, levántate; hay algo muy raro que trajo el río!

Loreto se sobresaltó, truncándosele al despertar un fabuloso sueño, producto de su ansiedad sobrecargada. Soñaba, pues, con una muy original especie de Arca de Noé, algo como un providencial refugio surto en la orilla delante de su rancho. En eso estaba cuando el grito lo despabiló. Giró la vista soñolienta hacia el lugar, relacionando confusamente lo anunciado por Hermelinda con la imagen del sueño. Y allí, en la misma orilla, en lugar del arca salvadora, sólo un promontorio de camalotes veía. Pero, al mirarlo con fijeza, la forma y el volumen del bulto lo indujeron a sospechar que algo oculto había debajo.

Saltó del catre. Llegó al agua en tres zancadas. Luchó desafortadamente, a tirones, contra el cúmulo verde, hasta deshacerlo. Y debajo -¡oh, sorpresa!-, había un hermoso bote. Desamarrado por la creciente de algún lejano atracadero, venía a la deriva camuflándose muy pintorescamente con la carga de camalotes, hasta que, ya

en la proximidad del lugar de estos hechos, atropelló el extremo de un largo espinel abandonado, erizado de anzuelos y tendido a merced de la corriente, el cual, enganchando uno de sus garfios a la madera del bote, lo obligó a describir la curiosa curva que lo llevó a la costa.

Loreto llamó a voces a su mujer. Entre ambos lo desengancharon y, tirando a más no poder, consiguieron desvararlo y amarrarlo en sitio seguro. Luego, tras vueltas y vueltas en torno al bote, ninguna marca particular pudieron encontrar, ni nombre, ni tan sólo un número. Dentro, entre vegetales y barro, había dos remos y una red. Mientras lo examinaban y lo acariciaban como si aquello fuera un ser viviente, ambos se hacían la misma muda pregunta: «¿De quién sería?». Más, al no hallar en él señal alguna que lo hiciera identificable, una respuesta les pareció la más lógica: «De nadie».

Sobrevino entonces, como por magia, la idea surgida del sueño de Loreto: la de una vivienda flotante, un refugio providencial. Transfigurado por la emoción, se lo dijo a Hermelinda, y ésta, mirándolo desorbitada, no sabía si reír o llorar, porque al verlo tan alterado como lo veía, más que nunca entraba a dudar de la salud mental de su hombre. Además, la ocurrencia de vivir en un bote -aunque no les quedase alternativa- le resultaba propiamente cosa de locos. Sin embargo, aunque no fuese de su agrado, Hermelinda debía reconocer que el insoluble problema de los Paiva hallaba así solución.

Cuando los hijos llegaron de la ciudad, trayendo, como se esperaba, un atadito de galletas para todos, contemplaron atónitos la inesperada novedad flotante, la cual, por supuesto, les encantó. Y sin detenerse a preguntar siquiera de dónde había salido eso, alegremente se unieron al insólito trabajo de instalar el rancho a bordo.

Loreto hizo del bote no sólo su casa sino, muy principalmente, su elemento de trabajo. Así, de tan singular manera, el labriego desarraigado y arruinado por culpas que no eran suyas, de changador ocasional pasó a ser pescador.

Desde entonces, con el bote-vivienda, la red hallada a bordo y el viejo espinel recuperado del río, la familia se defendió del hambre. Las veces que la pesca abundaba, Loreto subía con su producto a la ciudad, lo vendía y compraba galletas, azúcar, yerba, sal, y hasta bebía un trago. Mientras él negociaba en tierra firme, los muchachos quedaban con la madre en previsión de que algún importuno pudiera confundir el bote con uno suyo y llevárselo. Para mayor salvaguarda, Loreto le había pintado unos ribetes verdes y rojos, y escrito con grandes letras a cada lado de la proa: «HERMELINDA». Felizmente, nunca hubo quien lo reclamara.

Loreto Paiva. Así se llamaba el prematuro anciano que solía venderme pescado fresco, y una vez me reveló que él y Hermelinda, su mujer, vivían en un bote. Sus dos hijos los habían dejado para incorporarse al «servicio de la patria». Quedaron ellos navegando y hablando solos.

Un día llegó con las manos vacías y, muy desconsolado, me dijo:

-Señor, ya nadie me quiere comprar pescado. Todos dicen que el río está contaminado con mercurio, porque así comentan los diarios. Dicen que los buscadores de oro del Mato Grosso tienen la culpa. Y si eso es cierto, señor, no solamente se van a morir los animalitos; también vamos a morir Hermelinda y yo... Imagínese, señor; ni en la tierra ni en el agua podemos vivir... ¿Adónde iremos

entonces, señor? ¿Adónde?!

Su pregunta desesperada quedó como suspendida en el aire. Aún me parece oírla. Su vehemencia trasuntaba toda una vida de angustia. Tal vez tenía razón Hermelinda. Tal vez la salud mental de Loreto estaba quebrantada. Y no era para menos.

Hace unos días, según comentaban los diarios, apareció a la deriva un bote con un rancho a bordo. No se mencionaba ocupantes. Era como si nunca existiesen.

Pena perpetua

En cierto país increíble vivía Domingo Franco, un joven admirable. Habiendo terminado el bachillerato con promedios excelentes, viose ante el obvio propósito de elegir carrera. Si por él hubiese sido, se haría ingeniero. Deseaba ser útil y realizar obras de relevancia. La madre, doña Jacinta, por su parte, soñaba con un hijo doctor. Pero el padre, que no ocultaba su incurable fervor castrense, logró imponer su opción. Don Alejandro, coronel retirado y muy amigo del jefe de policía, ex-camarada suyo, gestionó y obtuvo, con la ayuda de éste, una plaza para el hijo en la academia militar. Así comenzó la triste historia del que luego fuera Alférez Franco, nombre muy difundido después por los periódicos del país y del extranjero debido a un extraño sino nunca del todo aclarado. La versión más coherente de lo acontecido con él parecía ser la de la propia madre, quien solía narrarla hasta donde podía, antes de verse ahogada por los sollozos.

Ya en la academia, Domingo Franco había pasado a pertenecer a un grupo selecto encabezado por el instructor gimnástico, capitán Bertolino. Por su aplicación y buen comportamiento, se hizo merecedor de cierto grado de amistad brindádale por el superior. A él le confiaba el capitán cualquier trabajo o misión de alguna importancia. Y solamente a él lo enviaba a su domicilio por menesteres particulares, mostrándole de esa manera una significativa confianza. En la casa estaba la joven esposa, conversadora y muy atractiva, y estaba la pequeña hija, traviesa y cariñosa, sumándose ambas a las motivaciones del alférez, que encontraba ese ambiente sumamente grato.

El país, por entonces, vivía una suerte de estabilidad basada en las armas, con todas las actividades políticas y culturales reducidas a lo mínimo. La época de los sucesivos golpes de estado que le había dado notoriedad, estaba superada. El régimen vigente, producto del último y más drástico golpe, era en extremo celoso de la seguridad, y se mostraba muy proclive al mandoble contra quienes osaran amenazar tan sólo un ápice de su poder absoluto.

Al anochecer de un miércoles santo, comienzo de una larga festividad, Domingo llegó a la casa visiblemente exhausto. No había podido cumplir con la tarea que le encomendara el capitán Bertolino por no encontrar a la persona indicada pese al empeño puesto en buscarla, decidiendo entonces retirarse a dormir unas horas y luego volver al intento. Demás está señalar cuán delicada sería la tarea.

Su comportamiento causó extrañeza en su casa. Cuando llegaba, el muchacho acostumbraba pasearse por el amplio patio arbolado, como buscando reencontrarse consigo mismo. Contemplaba las estrellas detenidamente como reconociéndolas, y se llenaba los pulmones con el aire puro y aromado del agreste ambiente. Luego de tomarse un baño, cenaba y poníase a leer un par de horas antes de dormir. Esa vez, en cambio, llegó y se metió en la cama. Doña Jacinta lo observaba. El silencio del hijo le dolía. ¿Cuál sería el drama que empezaba a vivir? Difícilmente había de conformarse con ver cambiado a su soñado doctor por un adusto militar más en la familia.

Acomodaba las ropas del hijo dormido abandonadas en una silla cuando, imprevistamente, topó con un sobre asegurado con alfi-

leres de gancho en el bolsillo interior de la chaqueta, resultándole aquello asaz llamativo. Y llevada de una desmedida suspicacia, propia del clima familiar de los uniformados de aquel país, no pudo pasar por alto el hallazgo, y se las arregló para abrir la carta sin destruir el sobre. «Total, pensó, lo dejaría después como estaba». Pero, poniéndose a leerla, le fue imposible entender el contenido. La misiva estaba escrita en clave y firmada con seudónimo. «¡Bah! Tal vez sea cualquier cosa y no lo que estoy pensando», se dijo llena de dudas. A punto de cerrar la carta y volverla a su sitio, lo reconsideró: «Es que..., una carta cualquiera no se asegura con alfileres de gancho en el fondo de un bolsillo interior». Tal vez, al ser el portador, su hijo estaría corriendo un grave peligro. Tal vez... hasta pudieran matarlo. Mejor era mostrársela a su marido. Él sabrá cómo proceder para salvaguarda del muchacho. Y así, con la mejor de las intenciones, fue a buscarlo.

-Mira esto -le dijo con la inocultable intriga en el rostro.

Don Alejandro, tras el primer susto, abrió la carta y la analizó con la lupa del miedo reforzado por su absoluta lealtad al gobernante. Y al no poder descifrar ni una coma del texto, pensó un instante y resolvió ir a lo seguro. De inmediato, mientras el hijo todavía estaba dormido, llevará la carta a su amigo de mayor confianza, don Benigno Santacruz, el jefe de policía.

-Debemos evitar que compliquen a Domingo en alguna sucia conspiración -dijo a su esposa-. Una vez todo aclarado, desde luego, te devolveré la carta, y tú la pondrás de vuelta donde corresponde. Y no pasará nada. Quédate tranquila.

Ella, contrariamente, entró a dudar aún más y a ponerse nerviosa. ¿No habría cometido una irreparable imprudencia?

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono en la casa del coronel Santacruz. Acababa éste de llegar del despacho. Atendió personalmente.

-¡Hola! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa oír tu voz después de tanto tiempo! ¿A qué se debe, mi gran amigo y correligionario?

-Necesito verte con urgencia. ¿Podrías recibirme ahora mismo?

-Uhm, bueno, puedes venir. Tomaremos un trago por Semana Santa... Te espero.

Cortó. Don Alejandro corrió hasta la parada de taxis. Felizmente había uno que todavía esperaba pasajeros. Al dar la dirección al conductor, notó que éste lo espiaba intrigado por el retrovisor. Por cierto, la dirección le resultaba conocida. Por decir algo, don Alejandro comentó:

-Es sólo una visita de cortesía. El jefe es mi amigo. Me ofrece un trago por Semana Santa.

El conductor, por toda respuesta, volvió a mirarlo por el retrovisor.

Y bien, llegaron. El anfitrión estaba en la puerta. Había doble guardia. Previo apretón de manos y grandes frases de circunstancia, se apresuró a preguntar:

-¿Y mi recomendado? ¿Cómo anda en el estudio?

-Bien, bien -contestó el visitante, obviando la gentileza-. A propósito de él, esta noche le está pasando algo extraño. Apenas llegó a casa, se metió en la cama, cosa que nunca había hecho. Se le notaba cansado y preocupado... -y le narró la forma en que le fue hallada la carta que ahora traía y que él reputaba sospechosa-. Yo no la puedo interpretar debidamente -le dijo- y necesito tu ayuda. Por eso vengo a molestarte tan a deshora.

Don Alejandro hablaba precipitadamente, evidenciando su grave preocupación. El jefe de policía tomó la carta y, antes de leerla, miró escrutadoramente al amigo.

-No pierdas la calma -le dijo-. No creo que tu muchacho se meta en problemas.

Comenzó a leer deletreando. Al llegar al tercer párrafo, volvió atrás y comenzó de nuevo. Don Alejandro le observaba el semblante, notándolo gradualmente cambiado. De pronto, don Benigno lo miró nervioso y le dijo con gesto de consternación:

-Creo que me equivoqué con tu hijo.

Suspiró y continuó deletreando. La carta era relativamente breve, de menos de una carilla. Al término del texto farfulló alterado:

-Es la tercera vez que aparece este seudónimo. Pero ahora el tipo caerá.

Sin más comentario, tomó el teléfono y llamó a dos de sus guardias personales.

-Ustedes se van con este señor hasta la casa y traen detenido al hijo, el alférez Domingo Franco -les ordenó secamente.

Don Alejandro temblaba. Ya no se despidió. Estaba de más hacerlo. Ya no se trataba del amigo a quien él recurría buscando ayuda. Aquél sólo era un jerarca policíaco del régimen, renombrado por su ferocidad, en cuyas manos él mismo, coronel Alejandro Franco, entregaba la suerte de su propio hijo. Quería llorar. Y seguramente lloraba, aunque muy adentro, de rabia, de odio a sí mismo, de odio a su imperdonable estulticia.

Sin lugar a dudas, el mensaje era subversivo. Domingo, con seguridad, tendría que confesar quién se lo había entregado y a quién se dirigía. Y suponiendo que se comportara como un entero varón ante las amenazas y se negara a abrir la boca, pues sería torturado. Lo sería hasta que se pusiera a «cantar» o hasta que muriera.

Don Alejandro conocía perfectamente los métodos utilizados por ese sistema del cual fuera irrestricto servidor, sin que nunca se detuviera a pensar que tal vez un día la macabra maquinaria pudiera estrangular a su propio hijo. ¿Qué hacer? ¿Recurrir al ridículo expediente de pedir clemencia para un traidor al gobierno de su genuina parcialidad? Y si no, ¿cómo rescatar a Domingo de ese antro de barbarie donde él mismo lo acababa de arrojar?

Entraron en la casa, levantaron al muchacho de la cama y se lo llevaron. La madre, al verlo en ropas de dormir, metido a empe-

llones en el carro policíaco, se arrancaba los cabellos de consternación. Ella pudo haberlo evitado. Sólo ella, con su sólo silencio. Un minuto de enfermiza suspicacia, de miedo culpable, de miserable obsecuencia, la llevó a proceder como lo hizo, haciendo partícipe a su recalcitrante marido.

Domingo, incomunicado y sumido en total desconcierto, no podía imaginar quiénes hicieron posible su caída. Jamás hubiera podido aceptar la idea de que la obsecuencia y el miedo convirtieron a sus padres en miserables entregadores.

Durante tres días sufrió varias crisis cardíacas debidas al alto voltaje de la picana eléctrica. Al cabo de la última y peor descarga, falleció. Minutos antes, ya privado del dominio de la voluntad, balbuceó algo como «Bertolino». Aún en la inconciencia, bastó una palabra para condenar al amigo.

La mala suerte del capitán no fue tanta, sin embargo, como la del subalterno. Ya en prisión, amén de los tormentos imprescindibles, fue obligado a transportar a costas el cadáver de Domingo Franco hasta cierto malezal de extramuros, y colgarlo allí, de un árbol, dejando sus huellas digitales en el cuerpo y la ropa del occiso. De ahí en más, el capitán Bertolino pasaba a ser el indiscutible ahorcador del alférez. Pero esa acusación no venía sola. Además de confirmarla, Bertolino debía confesar a quién iba destinada la muy subversiva carta. Y como nadie había logrado descifrarla debidamente, tenía que hacerlo él. Por cierto, estas cuestiones continuarían exigiendo la intervención de la picana eléctrica, la piqueta con excrementos y todo lo demás. Y sus respuestas a esas interrogantes eran tan fundamentales como necesaria su verbal y literal confe-

sión reconociéndose asesino del alférez. Sin embargo, un hecho in-sólito vino a complicar el curso de la tramoya. El capitán se volvió de golpe mudo. Su silencio se hizo total pese a todos los tormentos. Su mirada fija en un solo punto era la de alguien que había perdido la razón. Sus torturadores no lo mataban, aunque ganas no les faltaban. Pero la orden de mantenerlo con vida era rotunda. Tarde o temprano tenía que confesar y así salvar la muy dudosa reputación del régimen, ya que las noticias trascendían y se filtraban al dominio público. Pasaron luego un par de meses, y en vista de la mudez inmovible del sujeto, la superioridad se vio forzada a ordenar la incomunicación en un hermético calabozo, más tumba que prisión, para ser sometido quizás indefinidamente a nuevos y brutales interrogatorios.

Los rumores crecieron en las calles a pesar del terror. Entonces, antes de que el descrédito desbordara y provocara denuncias internacionales, el juicio arrancó. Inmediatamente, el juez de la causa dispuso el nombramiento de un defensor para el reo, formalidad necesaria dadas las circunstancias. Curiosamente, la designación recayó en el más modesto y silencioso miembro del gremio forense.

Todo se tramitaba por escrito. Sólo por escrito. El juicio oral había sido proscrito, el poder judicial sólo era poder de nombre, y el otro poder, el legislativo, ni siquiera de nombre. El fiscal acusador presentó su libelo: «Vistos los abundantes testimonios arrimados por la investigación policial, resulta por demás evidente que el acusado Fausto Bertolino ha cometido asesinato en primer grado contra el alférez Domingo Franco. De ello son pruebas irrefutables las numerosas huellas dactilares encontradas en las ropas y en el

cuerpo del occiso, las que coinciden íntegramente con las impresiones del acusado, según prontuario obrante en el departamento de identificaciones de la policía. También son pruebas, entre otras muchas, la facilidad y perfección con que el acusado reconstruyó su propio crimen, y la inhumana sangre fría demostrada al hacerlo, todo lo cual se halla debidamente documentado.

»Las motivaciones del homicida fueron dos: 1) Domingo Franco mantenía frecuentes relaciones sexuales con la esposa de Fausto Bertolino, en su propia casa, hecho del cual éste se enteró por boca de los vecinos. 2) Domingo Franco, siendo portador de una carta sumamente confidencial dirigida a otro camarada, hizo posible que ella cayera en manos de la policía. La carta contenía instrucciones para una acción subversiva a producirse en breve plazo. Felizmente, la misiva cayó y se pudo impedir el golpe.

»Ambos motivos indujeron al sujeto Bertolino a vengarse de Domingo Franco, ultimándolo en la forma que es de público conocimiento.

»Por todo lo expuesto, y en reparación de tan alevoso crimen, frío y premeditado, que lesiona todos los principios y leyes de convivencia social, así como los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, el Estado y las FF. AA., por mi intermedio, solicita a ese Honorable Tribunal, la aplicación, al reo Fausto Bertolino, de la pena de muerte por fusilamiento, conforme a lo determinado por el código penal militar...».

Días más tarde, el defensor dióse por enterado del libelo, y a su turno contestó el escrito de la siguiente manera: «Considero justa

la preocupación del señor Fiscal Acusador en lo referente a la salvaguarda de los principios y leyes de convivencia social, así como de los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, pero disiento y me opongo al pedido extemporáneo de la máxima pena para mi defendido, sin previa declaración indagatoria ni comparecencia alguna ante los jueces, negándosele de ese modo el derecho a deponer en su descargo. Y disiento, además, en que con solamente los testimonios de la policía, se dé por concluida la investigación de un caso tan delicado, que involucra no sólo al occiso y al supuesto asesino, pudiendo ser partícipes los familiares de cada uno de ellos y la propia policía. No se puede proceder a la condena de un hombre cuya única probable culpa es, hasta ahora, la de haber conspirado contra el gobierno, delito político, para cuyo castigo no existe una clara jurisprudencia».

Hasta aquí leyó el juez de la causa el escrito presentado por la defensa, y al encontrarlo desfavorable a la condena, lo desechó por ofensivo y ajeno a las normas jurídicas militares.

El juicio quedó en suspenso. El defensor fue intimado a renunciar, y seguidamente detenido y confinado.

En aquel extraño país, los sucesos más horribles solían quedar cubiertos a través del tiempo, por la tolvanera de otros peores. En el presente caso, los medios de comunicación se hicieron eco del oscuro asunto durante un corto lapso, hasta que otras novedades atrozmente parecidas echaron su sombra sobre el drama de la familia Franco. La madre de Domingo, entre bisbiseos temblorosos, refería lo sucedido hasta donde los sofocos le permitían. Nunca dejó de inculparse. El esposo, por su parte, murió intoxicado de

silencio. Desde la desgracia, nunca más habló, hasta su muerte. El silencio fue en él una forma de gritar, denunciar, condenar y condenarse.

Un día, cuando ya nadie se acordaba de Bertolino, los diarios lo salvaron del olvido total. Por una gracia del superior gobierno, se lo eximía de la pena máxima, siendo condenado solamente a cadena perpetua.

Tal como dijéramos al comienzo, el capitán era casado y tenía una hija pequeña. Dada la confianza depositada en el alférez Franco, éste era ocupado a su domicilio con frecuencia, dando lugar a que recibiera muestra de aprecio y simpatía por parte de la mujer. Los vecinos, que lo veían introducirse en la casa en ausencia del marido, dieron razón de ello, tal cual lo vieron e imaginaron, cuando la policía indagó en busca de elementos que enriquecieran la trama argumental de la acusación. Y fue aquél un testimonio probatorio más, de gran utilidad para el señor Fiscal.

La sentencia se produjo inesperadamente. Ya el reo no tenía defensor (porque todo eso puede darse en un país tan extraño como aquél). Pero aún así, la condena no llegó a la máxima solicitada por el acusador. Bastaba con que Bertolino fuera excluido del contacto con la sociedad. Por eso, su reclusión continuó en el mismo hermético calabozo.

Y el tiempo pasó. Cierta día de diciembre, la corta familia Bertolino amaneció de fiesta. La hija del capitán cumplía veinte años, y la fecha coincidía con su colación de grados. Ese día, al atardecer, había de recibir su título de maestra de manos del «Señor Presi-

dente», invitado para la grata entrega. E informado el mandatario, gracias a los periódicos, de que la maestra mejor egresada, además de recibir su diploma de honor y el título, ese día festejaba su cumpleaños, mandó a encargarse de prisa su presente para ella. Más, cuánta sería la sorpresa cuando, en el momento de la entrega, la sobresaliente nueva educadora, digna de admiración y encomio, le rechazaba el obsequio, diciéndole:

-No, señor Presidente. El único obsequio que recibiría de usted de todo corazón sería la libertad de mi padre.

-¿Su padre?

-Sí, señor; el capitán Bertolino, aquél a quien usted, tan injustamente mandó sepultar de por vida, en un negro calabozo, hace diez y seis años.

El presidente, lleno de estupor, se retiró del acto, buscando a quien culpar por no haberle avisado. Y, lejos de conceder a la brillante egresada la gracia que le pedía, ordenó la vigilaran estrechamente.

Huelga decir que a la Bertolino jamás le dieron cargo alguno en escuelas públicas. Entre tanto, el padre continuaba en total encierro, siendo en el país el único preso a perpetuidad. Sin embargo, se cree que la petición de la hija afectó, aún ínfimamente, la conciencia del presidente ya que, pasado un corto tiempo, al condenado se le redujo la pena a veinticinco años. Vivía sin ver la luz, y se había vuelto blanco como un papel. Lo manifestó la madre, a quien le permitieron visitarlo por única vez, al cumplir veinte años de prisión.

La noticia trascendió. Los comentarios menudearon. Un médico amigo que visitó a la madre hizo su deducción: Si Bertolino estaba blanco como un papel, era porque alguna grave enfermedad lo aquejaba. Entonces, no viviría cinco años más para verse libre.

En tal caso, los cálculos de sus punidores no estaban errados. En la práctica, la pena continuaba siendo perpetua.

Una noche en el exilio

Eran los años posteriores a la derrota. La represión era a muerte. Arreciaban los saqueos. La vida en la clandestinidad y el ulterior destierro acabaron despojándonos de todo, absolutamente de todo, tal el avieso designio de los vencedores. La situación de mi familia y la mía no podrían tener comparación.

Al segundo año del penoso exilio se nos presentó el anuncio de un nuevo nacimiento, el de nuestro cuarto hijo. Yo continuaba sin trabajo. Si lo encontraba, no me aceptaban por carecer de cédula argentina. De las changas, tan esporádicas, sólo obtenía migajas. Al no poder afrontar un alquiler, habíamos decidido ocupar un predio baldío que estaba en venta, y clavar allí la vieja carpa que, por suerte, habíamos traído del Paraguay. Luego pasaron los meses, y las presiones de la empresa vendedora se acentuaron, viéndome obligado finalmente a prometer en firme la compra del terreno y el primer pago ni bien comenzaba a trabajar. A regañadientes, me consintieron, tal vez sólo porque se vivía una época en que nada se vendía salvo que fuera a largo plazo, y a los ocupantes de un baldío no se los podía expulsar sin antes reubicarlos. Lo determinaba una ley justicialista para bien de los sin techo y fastidio de los propietarios.

En la empresa inmobiliaria me concedieron una gracia de tres meses a cambio de mi promesa de compra por escrito. De paso me informaron acerca de una fundación que otorgaba ayuda a exiliados políticos. Y allá me presenté. Conseguí chapas de fibrocemento y maderas para armar una habitación precaria. Me dieron, además, noticias sobre un posible trabajo en cierto alejado lugar de la pro-

vincia. Tomé nota. No me importaba lo lejos que estuviera.

De inmediato fui a buscar los materiales. Los retiré de a poco, transportándolos a hombro y utilizando subrepticamente los estribos de los vagones ferroviarios. En una semana, armada la habitación, saqué a mi familia de la inmundicia carpa.

No teníamos cama, ni mesa, ni sillas. El piso era de tierra sin aplantar. Pero ya teníamos techo.

Salí en busca del trabajo que me anoticiaron. Era en Boulogne Sur Mer, a noventa minutos de viaje. Y esta vez lo conseguí. Por lo menos, conseguí que me pusieran a prueba. Ésta me tomó el día entero. Recién hacia las nueve de la noche estuve de regreso, llegando a casa en el momento justo en que a mi mujer le comenzaba el trabajo del parto. Sin atinar qué hacer, corrí hacia el vecino más cercano, distante cuatro cuadras, a través de baldíos y baldíos. El hombre de la casa me dijo que el único servicio de maternidad más próximo estaba a una hora de viaje, en Adrogué. Volví junto a mi mujer cuando ya el feto por momentos se hacía visible y aparentemente pronto a nacer. La madre daba gritos desesperados. Sin pensar más, me arremangué, prendí el Primus, puse una lata grande con agua al fuego, y me dispuse a emprender la función que jamás había soñado. Alguien debía hacer de partero. Alguna noción tenía, alguna intuición acaso, algo aprendido tal vez de los animales que había visto parir allá lejos, en mi aldea natal.

En medio de la desesperación, pude darme cuenta que cuando la pobre madre pujaba, no era la cabeza del feto la que se hacía visible sino su nalga. ¡Dios mío! ¡No podría nacer jamás! Y de re-

pena, ¡zas! Se me hizo la luz. Bien tendidos los dedos, introduje con sumo cuidado las manos por ambos lados de la nalga que se entrevía. La madre ya no tenía voz. Gritaban los niños al otro lado de la improvisada cortina. Estaban traumatizados por el drama que vivíamos.

Traté de asir al feto por las ingles, pero tanta viscosidad me obligó a desistir. Entonces, perdido por perdido, y no quedándome otro remedio, tomé una toalla, me enguanté con ella, y así, con toalla y todo introduje de nuevo las manos, cacé al feto y, ahora sí, lo arranqué del cuerpo de la madre como un rojo tapón. En ese momento sentí un crujido en la espina dorsal del niño que me vibró entre las manos y me produjo una punción en el cerebro. Estaba casi seguro de haber matado a mi hijo. La madre no se percató. Ella se había desmayado. Pero no pude auxiliarla. Tenía que asegurarme de si el niño realmente había muerto, y me aferré a él. Y digo al niño, porque era varón. No podía respirar ni llorar. Le quité con la toalla el semilíquido viscoso que le cubría el pequeño rostro, le liberé la nariz y la boca, lo icé de las piernas, le di una fuerte palmada en la espalda, ¡y ahí pegó un alarido! Sufrí un ataque de risa y llanto al mismo tiempo. Mis demás niños, impresionados por el grito del bebé, cesaron de llorar y gritaron de contentos. La madre, creo que gracias a tanta bulla, despertó del desmayo y lloraba, lloraba de alegría y dolor.

No sé cómo hice para cortar el cordón umbilical y si lo cautericé, pero creo haberlo hecho. El niño estaba libre de cordón, y vivo. Mi satisfacción era completa. Inexplicablemente, no sobrevino hemorragia.

Esa tragedia en una fría noche de exilio, huérfanos de toda solidaridad, como perfectos animales, había de marcarnos para siempre. Tan crudo episodio en las condiciones que lo soportábamos, me indujo a pensar en el regreso a la patria sea como fuera. Aun en la cárcel de la dictadura, difícilmente la vida había de ser peor que esa que veníamos pasando en el exilio. Así pensaba en aquella crucial coyuntura.

Acababa de nacer mi cuarto hijo. Tres de ellos nacieron en la clandestinidad; el cuarto, en el destierro. Pero el propósito de volver a la tierra natal «sea como fuera», tal se me ocurriera esa noche, no habría de ser posible por mucho tiempo. Los niños dejarían de serlo y harían su vida, ésta sí «sea como fuera», hasta llegar a la mocedad y cada cual pelear por su propio destino, esto también «sea como fuera».

Ojalá, en el futuro, nunca más tenga lugar una noche como aquella en un exilio como aquél. Ojalá los paraguayos nunca más destruyan su imagen destruyendo la vida del hermano sólo por ser parte de un partido de color diferente, o por elegir, para la vida de la sociedad, caminos diferentes.

Ojalá, pese a que el exilio no termina en la simple saña política y subsiste en la búsqueda, tras las fronteras, de una vida más justa y más humana, disminuya por lo menos su efecto tan destructivo y deformante, y alguna vez la justicia deje de ser sólo una figura demagógica que decora discursos oportunistas y malintencionados.

La muerte

Corría un violento verano de la post-guerra, plagado para colmo de profusa delincuencia, la que en ciertos lugares del territorio era reprimida con dureza extrema.

El maleante Juan Careaga, con apenas veinte años y ya famoso, regresaba de sus terribles andanzas aun sabiendo que no tenía perdón. Y era que perdón, palabra mansa, no figuraba en el vocabulario de los mandones lugareños. Juan Careaga, empero, había decidido entregarse, expiar su culpa, borrarla. Si acaso le perdonaban la vida sería como nacer de nuevo. Nada mejor le podía ocurrir.

Con tales pensamientos venía desandando el camino de sangre en el cual cayera siendo casi un niño. Regresaba al lugar donde veranos e inviernos lo habían visto crecer penosamente, y donde una noche comprobara espantado el apagón de una vida entre sus manos, la de su primera víctima.

Ojalá hubiese podido olvidar todo el horror de aquella noche. Y tal vez lo hubiera conseguido si no fuese por un fiero bochorno, de esos que uno lleva hasta la tumba. La joda era haber nacido macho, aserto que no pocas veces exigía pública demostración.

Parte de la culpa, desde luego, la tenían los bailes de José Martínez, viejo bolichero muy compinche del comisario, un perdonavidas pasivamente odiado en la comarca. Las arpeadas bajo la parralera del boliche, al sólo ser anunciadas, provocaban vibraciones que subían de las ingles a los pechos, y eran como sortilegios capaces de quitar cualquier mal pensamiento. Por eso, llegada la fecha, todo

el mundo dejaba en olvido la odiosa yunta del viejo, y la pista se abarrotaba desde el ocaso.

Bárbara y todo, no era fácil olvidar la noche aquella, aquella lumbrarada de faroles enmarcando el torbellino de faldas, la música de cuerdas, la galopa embriagada de mistela y carmín...

Era la noche de su primer pantalón largo en público, la de su primera masculina euforia. En tren de estrenos, la imaginación le viboreaba cálida, impactada por el fogoso aliento de las mujeres, las muy taimadas, las que al pasar a su lado remarcaban el fru-fru de sus meneos.

Juan Careaga contuvo el trote del montado. Sonreía rescatando alguna que otra dormida emoción, hasta que, sofrenando la fantasía, hizo como obligándose a sí mismo a despertar, como si en su real situación esas remembranzas cayeran impropias. Endureció el semblante y picó los ijares. Semejantes ensueños debían serle ajenos. Y la sonrisa se le tomó de ajeno. Acabó dejando al caballo descansar un rato mientras él reflexionaba. Finalmente reaccionó: «¡Hijueperra!»

¿Qué podía privarle del derecho a recordar? Tensó las bridas y continuó recuperando recuerdos, trotando al tranco de ellos, viviéndolos de nuevo. Ya nunca estuvo en baile alguno como aquél, el de José Martínez, con faroles a carburo y mistelas al anís. Arriba, en el hueco de la noche dormitaba la luna. En lento trote, el viajero posaba la vista en ella una y otra vez. Luna rellenita, sensual, como nalga desnuda.

Y siguieron tenaces y punzantes las evocaciones de la noche aquella: Un aire cálido y denso de aguardiente y sudor, una polca que de pronto remontaba las escalas de un color partidario y los faroles que entraban a temblar. Aún le parecía estar viendo sus concéntricos destellos, arcos iris que estallaban en las hojas mojadas de rocío. Y vino lo peor: un hombre cuyos ácidos gestos no olvidaba, harto conocido por todos los presentes, hizo su aparatosa entrada. Unos, cautelosos, hiciéronse a un lado, dándole paso. Otros prefirieron marcharse. El hombre, alzado sobre enormes botas, paseó la mirada por la pista. Su estatura y su silencio impresionaban. Avanzó luego hacia las vendedoras de mistela, alineadas al fondo, a lo ancho del patio. Viejas y muchachas, al verlo dirigirse allá, se apresuraron ganándose en atenciones: Señor Comisario, porá guasú, qué pa se va servir... Caráí Comí, vení acá, voy a presentarte a usted mi ñeta... Y vasos tintineantes, competían yendo y viniendo. La autoridad bebía manoseando mansas nalgas y mamas.

Entretanto, el baile recuperaba el furor discretamente moderado a la llegada del huésped, precipitándose ahora hacia su punto escaldante. A poco, la misma tierra parecía contagiada del frenesí danzante cuyas febriles caras lucían una propicia máscara de polvo. Pechos y vientres cada vez más apretados atizaban una sed sanguínea expresada en contoneos cuyo ritmo ya nada tenía que ver con el de la música. Y en un cenital instante, tan de sorpresa para todos, la tonada rebelde y prohibida de un «Solito» electrizó a la concurrencia. Algún osado, conociendo la excesiva tirria del recién llegado mandón hacia las travesuras, le gataba la peligrosa broma deslizand una buena propina por la tronera del arpa. Y la sorpresa llegó a la mudez cuando un precoz bailarín descalzo apareció toreando solitario en el círculo de faroles. ¡Y era él! ¡Y

qué bien lo hacía! Se le contraían y cimbraban las fibras de todo el cuerpo. Las viejas entraron a murmurar; las jóvenes vibraban.

Al cierre de la primera vuelta, alguien del montón le gritó:

-¿Y la pareja, chambón? El círculo se apretó. Lo veían aproximarse a un sector del público, tender las manos implorante, y... de pronto, un rumor ahíto de admiración y envidia ganó la atmósfera. Era que la más linda morocha del poblado, vanamente apetecida por varios (incluso el comisario), acababa de saltar a la pista. Cabellera arisca al viento, desafiante las caderas, la morocha se lanzó a girar sonriente, esquivando a su perseguidor, bebiendo ávida la extraña emoción mitad sexo, mitad magia que provocaban los acordes del tabuizado «Solito». Y él, sintiendo un canto en su corazón de macho joven, la seguía: una sentada, un esguince, una cabriola... y, de repente, un cavernoso retumbo le pasmó el embrujo:

-¡Pare la música!

Un trío de soldaditos de comisaría, oscuritos y anémicos, apostados a la entrada tal la odiosa costumbre, se le abalanzó con alarmante crepitar de cerrojos. La autoridad, plantada en el círculo, pegó un saque de teypruguay, yendo la trenza de cuero crudo a estallar en pleno rostro del bailarín descalzo.

-¡Al calabozo!

A la orden acompañó un elocuente ademán en cuyo acatamiento pusieron los subordinados su entero empeño. El muchachito descalzo, pálido ante la agresión, sosteniendo entre los labios el hilo

de sangre que le bajaba del pómulo quebrado por el látigo, tenso y frío, giró la vista en torno de sí como midiendo el espacio, y en el segundo crítico en que los soldados lo acorralaban para aprehenderlo, un grito como un rayo rajó el aire, un subrepticio puñal centelleó a la luz de los faroles, y el relámpago puso un tajo en la cara de cada soldado, una mortal puñalada en la panza del comisario y se hundió en la noche.

En el círculo de faroles quedó una roja estela de salvaje fiereza.

Apenas concluido el sepelio, ya el cargo vacante estaba cubierto. El nuevo, de nombre Juan Pío, era teniente de reserva y, según lenguas irreverentes, ex-cuidador de prisioneros de la guerra chaqueña, que era como decir ex-cuidador de cerdos. Llegó de la capital con el tren del crepúsculo. La gente no tardó en enterarse de que traía la prioritaria orden de atrapar al asesino a cualquier costo a los efectos de que recibiera el merecido y ejemplar castigo.

Semanas de terror se sucedieron desde entonces en el poblado. Requisas y apremios inútiles y brutales fueron los signos de la nueva situación local. Y en tanto la flamante autoridad se atiborraba de violencia, el asesino tuvo tiempo de llegar increíblemente lejos. La misma noche del crimen, ayudado por las tinieblas cómplices, había dejado el lugar para dirigirse, pese a su confusión, al común refugio de los perseguidos, el Alto Paraná.

A pocas leguas de su pueblo había encontrado al que debía ser su compañero de excepción. Pasía, afanoso, con la silla puesta, en tanto su amo, próspero a juzgar por las alforjas, dormía despreocupadamente a la sombra de un montecillo. Bella estampa lucía el

potro; un malacara. El delincuente se le aproximó con modales de amigo, le acarició el testuz, inspeccionó la silla y las alforjas. De ahí en adelante fue hombre de a caballo con aire de importancia.

En las guaridas humanas del Alto Paraná, sólo aquél que cargaba en la conciencia con algún finado respetable o algo de mayor cuantía se ganaba de entrada alguna consideración. El infeliz que llegaba huyendo del hambre sucumbía tarde o temprano, inexorablemente.

Él fue recibido como correspondía, acorde con sus condiciones de coraje y guapeza que, resonando a través de picadas y obrajes, lo habían precedido. Las noticias acerca de sus hazañas corrían sabrosamente aderezadas para el gusto arribeño, de boca en boca. Lo armaron pues adecuadamente, lo ilustraron en la dura ley de los emboscados. Había caído en el propicio medio. En poco tiempo, su imberbe jerarquía maleva cobraría justa dimensión.

A poco, en efecto, ya bien crecido en renombre, se ganaba un feroz apodo: «La Muerte». Los malvados capangas obrajeros ya conocían para entonces su contundencia de rayo y su astucia de hombrecillo que encontraba un especial deleite en matar. Incluso los bien resguardados patrones, afamados por sus crueldades, sintiendo el pellejo en real peligro, huían a ponerse a salvo en los mullidos living-rooms de las urbes. En cambio, curiosamente, para los miserables enganchados con los garfios de la implacable libreta de cuentas, poco a poco, «La Muerte» fue encamando al vengador cuyo ejemplo debían recoger algún día.

Entretanto, un año escaso fue necesario para que el eco de sus nue-

vas numerosas hazañas pudiese atravesar las cuarenta leguas que separaban al Paraná del reino de Juan Pío. Sensacionalistas noticieros de la Capital ya se habían encargado de dar destacada difusión a las andanzas de «La Muerte», haciéndolas repercutir en todo el país. «Todo aquél que intentase capturar al maleante -repetían los lectores asombrados- dicen que es hombre muerto, dicen que ya mató a más de treinta Y cada vez que el tren llegaba con más periódicos, más gente desorbitada comentaba lo difundido acerca de «La Muerte», a quien, entre líneas y líneas, ya comenzaban a endilgar posibles pactos diabólicos.

En cuanto al muy férreo don Juan Pío, pese a las habladurías poniendo en duda sus condiciones para enfrentarse al famoso malandra, cada día menos podía permitirse volver atrás. Era llegado el tiempo de exhibir la validez de la montada «carta blanca» que decía poseer, hasta entonces motivo, nada más, de un odio maligno que él sentía en la nuca. Era que la tal excepcional facultad le permitía liquidar a cuantos «la muerte» venía-sele en ganas sin tener que afrontar por ello más que la ufanía del deber cumplido. Y, a propósito, habiéndose además establecido una recompensa para quien fuese capaz de dar caza al asesino en fuga, pues bien, de ser él, Juan Pío, el de la colosal proeza, más de un chismoso pueblero había de quedar con jemes de narices, mordiéndose la lengua de envidia.

Ya en pleno ajetreo de partida hacia el Alto Paraná, oyó de bocas disuasivas el cuento de que aquella selva solía tener sus trampas, que muchos otros punidores habían dejado allá sus bártulos y que un chapetón corría el riesgo de pasarse la vida entera en vana búsqueda si no contaba con un rastreador baqueano. Mas, nadie de-

seaba ser de la partida, nadie más que los obligados conscriptos de cara marcada y algún otro novato apenas hábil en el manejo de armas. Los muy liosos vecinos servían solamente para desalentar, de tal suerte que a Juan Pío no le restaba otro recurso sino hacer las cosas del modo que mejor le cupiera. Pero él iba a mostrarles muy pronto sus agallas. En cuanto a baqueanos, estaba seguro de poder conseguirlos. Por alguna paga los encontrará en cualquier obraje de la ribera.

Y, así, a la cabeza de cinco fusileros, un día pisó los bordes del vasto misterio forestal. E, increíblemente, desde el primer contacto logrado con gente de los obrajes, su optimismo empezó a sufrir. Era que ningún vestigio válido se le insinuaba, ninguna referencia útil. Aquél que hablaba mentía o se despachaba con evasivas: «Kyvo ndaipori...» «Ore ndoroicuaai...» «Kyvo ndaipori...» Nadie sabía nada. Parcas e invariables respondían esas bocas chupadas por la desnutrición. Sólo una cosa resultaba clara: entre autoridades y delincuentes, estos, sin duda, ganaban mayor predicamento. Por solidaridad o por miedo, las bocas preferían permanecer selladas. Y para colmo de males, ningún baqueano mostraba ganas de correr el albur contra «La Muerte». Pero no faltó -eso sí- quien sobre pies fantasmas atravesara leguas infernales llevando el oportuno aviso al malevo.

Juan Pío notaba entre tanto penosamente desinflada la moral de sus hombres. La marcha horrible, los voraces insectos y el progresivo miedo los abatían. Pero debían repechar la espesura así succumbiesen, la maraña que adensaba su carga silenciosa, los espinosos laberintos de troncos y follajes que se trenzaban inexpugnables hasta ocultar el cielo.

La textura insondable de ese silencio vegetal apretaba gradualmente y la angustia tan real y enervante devenía que un trino lejano y agónico de tanto en tanto o el sordo cascabeleo de las víboras ayudaban enormemente a recuperar la sensación de estar vivos. Ni fieras ni reptiles aparecían ante la vista, pero sí aparecían sus huellas, diseminadas como hojarascas, cual si fuesen las huellas de seres incorpóreos e invisibles que sin embargo los acechaban y les seguían los pasos.

Tras una eternidad agotadora surgía un claro, algún obraje desértico, algún malezal pestífero. Mientras, el miedo crecía, un miedo pronto a estallar ante la caída de una hoja o el chistido de un grillo. Estériles días y noches transcurrían; la vitualla comenzaba a flaquear; el agua escaseaba y ningún obraje aparecía ya. Ni siquiera un riacho. Habían quedado atrás demasiado lejos. Y ni podían saber la distancia que los separaba del río. Cada vez más, los soldados marchaban como pisando un planeta hostil, agotados, enfermos, enteramente disminuidos, reprimiendo apenas sus ganas de desertar. Juan Pío rumiaba con amargura las advertencias de sus odiosos vecinos, rotundas realidades tontamente desoídas. Una sensación desconocida empezaba a sentir subiéndole por los talones. La creciente abulia de sus hombres lo irritaba cada instante más, soportando la certidumbre de que con ellos nada podría frente al malevaje. Pero los malevos sí -renegaba- pueden en cualquier momento quemarnos las caras. ¿Dónde estarán metidos los condenados? ¿Será verdad lo de las trampas? La desesperación estaba cerca.

Juan Pío no había dormido desde su Primera noche en la selva. Centelleos de cuchillos le robaban el sueño. Juan Pío mascaba na-

cos y escupía hiel. Los pajarracos anunciaban, de tanto en tanto una noche más, otra noche espectral, más temible aún que las anteriores. Desde el alba marchaban: jorobándose al pedo, tal mas-cullaba el teniente. Y llegó un momento en que, consciente o no, se rezagaba, demoraba la marcha.

Se había cargado a la espalda, además de la propia mochila repleta, todo el alimento y el agua que les quedaba. «Lo hago por el bien de todos», había explicado, proveyendo luego la brava consigna de tener que pelear hasta la muerte en cualquier condición. Naturalmente, se trataba de una orden dirigida a soldados, quienes la debían cumplir. Exhausto, se detuvo. Oscuras visiones empezaron a darle vueltas royéndole la imaginación como escarabajos. Abandonar la búsqueda y emprender el regreso fue primeramente un atisbo, una mera fugaz idea. Luego sobrevino un inseguro pero insistente propósito, oculto en su secreta cámara de imágenes inconfesables. ¿Qué pensarían por su parte los soldados, los cinco esperpentos maltrechos por la maraña, en esos mismos instantes? A Juan Pío lo inquietaba más que todo la expectativa de la gente que había quedado en el pueblo con la incrédula antena tensa hacia la selva del este. Las filosas y sañudas lenguas pueblerinas eran capaces de hacer morir de rabia al más astuto. «Y bueno, acabó conformándose, en el peor de los casos, entre morir o pelear, los soldados elegirán pelear».

Al reanudar la marcha se percató de su excesiva demora. Los soldados, de haber continuado a tranco regular, estarían bastante lejos. Trató de apresurar los pasos, pero ahí surgió lo imprevisto; no veía huellas, las había perdido. «¿Qué hacer? ¿Llamarlos? ¡No! ¡Ni pensarlo!». En efecto, nada peor podría ocurrírsele. El enemigo

se encontraba sin duda agazapado en cualquier lugar de esa selva, cerca o lejos. Más valía andar con cuidado.

Los soldados no se habían detenido. Avanzaban, ya en fila de uno en fondo, ya reagrupándose apenas la maraña les permitía, sin mayores tropiezos aunque sin poder pensar en otra cosa que no fuese el «guazú apí» o el «ñujha mbocá», típicas artimañas del asesinato montaraz, espantados ante la aprensión de su horrible destino. De pronto, el más avanzado retrajo el paso. Ciertas huellas que creía ver lo azoraban.

-Lo mitáaa -llamó-, Comisariooooo, venga un poco ayer eta cosa...

Arrastrados en la casi penumbra, pudieron comprobar de inmediato que se trataba de huellas humanas, frescas, y además huellas de caballos.

Y fue recién entonces que, buscando obtener la opinión del superior, ¡zas!, cayeron en la cuenta de su desaparición, y el horror ensombreció las caras ya de suyo tétricas. Lo llamaron a media voz, una y otra vez, sin obtener respuesta, lo aguardaron hasta bien entrado el crepúsculo. Y nada.

Mientras tanto, pasado el desconcierto inicial, aunque no el creciente miedo, se asomaban las dudas. El hecho de que la intrincada maraña lo hubiese aislado y apartado del rumbo parecía el menos probable.

Uno de los conscriptos que a pesar del abatimiento continuaba examinando las huellas, aseveró lúgubre:

-Son ello nomá, lo bandido...

Todos lo miraron repitiendo en un murmullo: «¡lo bandido!»

Concluida la estéril espera, un cara cortada dijo:

-Er comisario perdió er rumbo.

-O se cayó en er poder de «La Muerte», opinó otro.

Y un tercero objetó:

-Jhe, no e te catu co jhina zonzo; llevó toito lo vívere y la agua taen, y la linterna taen...

Sugerida la negra sospecha, siguió un silencio cargado de presagios. La noche se venía, y cada cual con un secreto temblor presentía el fin de la marcha. Nuevamente, la voz de un pajarraco sajó el marasmo. El último en hablar, un avisado negrito, se abrió paso tomando la delantera en presunta dirección al río, nueva meta fijada en tácito acuerdo sin ninguna seguridad acerca del rumbo ni de la distancia. En tácito acuerdo, igualmente, abandonaban al comisario a su suerte. La salvación, ellos la veían sólo al término de ese infierno, a orillas del río. Si el comisario seguía con vida, él haría igual que ellos, Dios lo quiera.

Las armas y demás pertrechos pesaban rotundamente menos que la ansiedad soportada en mente. A través de interminables tacuarales y zarzales avanzaban las sombras acelerando, más que los pasos, el pulso. La hojarasca crujía bajo los pies. En la atmósfera,

en los matorrales, detrás de cada tronco, en todas partes, el miedo. Percibían su olor sulfuroso como si fuese una secreción de la sangre, mientras alguien susurraba palabras que parecían surgidas de las vísceras: «La Muerte... ¿por qué le queremos matar?». Y la respuesta la daba el silencio. Seguramente lo querían matar porque se llamaba «la Muerte».

A pocos metros hacia delante, la banda de emboscados aguardaba. No la componían seres humanos. Eran engendros de la noche unidos por una apetencia común: la sangre. Objetos de viejas persecuciones, protagonistas de viejas heridas físicas y morales que no cesaban de arder, eran brazos y ojos en permanente acecho para matar.

Los días marchaban lentos entre la maraña, pero la hora del designio se acercaba cierta, inexorable. El plan de acción, maduro en el ardor de los insomnios, no contemplaba defensa, sólo castigo sangriento y memorable.

Y de cara a esa red fría e implacable, a la noche y a la infernal maraña, cinco soldaditos de comisaría se debatían en busca de salvación. De tanto en tanto, los búhos crispaban el tenso silencio. Los ojos, todos a un tiempo, los buscaban vanamente en medio de una oscuridad casi tangible. Al rato, un silbido al parecer también de ave, y otro, y otro, y un rumor tremante de plegarias inconcretas, y otro silbido, y otro, cada vez más próximos, más aterrantes, ponían hielo en la sangre. Un calofrío de mal agüero comenzó a trepar, por las piernas. Esperar. No. Ya nada había que esperar. Seguir andando hacia el río, supuestamente hacia el río, con sigilo tremendo, amparados, supuestamente amparados por la oscuridad.

Es de suponer que no pudo ser tan largo el trecho recorrido desde el crepúsculo cuando, sorpresivamente, múltiples haces de luz de potentes linternas los enceguecieron e inmovilizaron, y algo estrepitoso y horrible se les desplomó encima. Se cree que ningún soldado habría alcanzado a usar el fusil. De los árboles, de las tupidas matas, de la maraña toda surgieron descomunales brazos armados de machetes que los desollaron y destrozaron. Era la satánica trampa de la selva que se cerraba sobre ellos.

Al aclarar la mañana, «La Muerte», quien había encabezado la acción, abandonó su madriguera yéndose a constatar el éxito de la carnicería.

Pudo contar cinco cadáveres, cinco despojos humanos incorporados al desecho forestal como sobras de panteras. Y, por primera vez, una horrible sensación le revolvió las tripas. Si uno de los allí despedazados fuese un comisario se habría sentido mejor, menos despreciable de como sentíase ahora, porque esa trampa la había ideado él pensando en monstruos con piel de comisario, no para descuartizar muchachitos descalzos como él. Vengar injurias, vengar su condición de bestia condenada: eso quería. Pero ningún maldito mandón había caído.

Los días y las noches se tomaron insoportables para «La Muerte». Francamente vencido en la lucha que venía librando consigo mismo, de a poco caía en la cuenta de cuán espantoso era su papel. Y en medio de una torturante velada, de ésas que se pasaba peleando con su macabra sombra, resolvió acabar definitivamente con ella. Entonces, pudo dormir.

Luego, hacia el alba, sonando con amables y pacíficos aconteceres de su vida anterior, tuvo de pronto ante sí la presencia de su madre. Su blanca cabellera le acarició el rostro y la tibieza de su beso se le posó en la frente. «La Muerte» despertó temblando. Y ya despierto, aún continuaba viendo esa cara anciana abatida por la tristeza. Se palpó la frente donde todavía la impresión del beso creía sentir. Tendió los brazos tratando de asir la visión que se diluía, y sus manos desoladas acabaron uniéndose en un amargo rezo.

«La Muerte» ya no pudo pegar los ojos. La vastedad selvática, negra fragua, le abrumaba el pecho. Nunca le había sucedido cosa igual. Y concluyó pensando que si su madre llegaba junto a él conducida por el sueño, era porque lo necesitaba. E imprevisamente, todo le pareció resuelto; se irá. Dejó el jergón, caminó en busca del malacara que dormía a pocos pasos de él, le habló al oído: «Pyhahrevé yahata; tamanó vaera yepera-e, yahata». Se irán pues por la mañana; aunque él tuviese que morir, se irán.

Y esa quieta y cálida mañana, llevando de las bridas al montado, igual como si llevase de la mano a un pedazo suyo, se puso en marcha. Se iba sin despedirse. Abandonaba a su banda para siempre.

«La Muerte» comenzó perforando a machetazos la fortaleza verde erguida a su paso. Lo azuzaba la ansiedad. El destino lo atraía con poderosa fuerza. Luchando duramente contra la maraña, su aliada hasta ayer, iba vencéndola poco a poco, doblegándola, como logrando que la misma naturaleza lo comprendiese. La selva fue cediendo, dándole paso. Así, desde la mañana hasta la noche, durante días interminables. Ni el cansancio ni el hambre lo detenían. Sólo se preocupaba del malacara; de tanto en tanto le dejaba tomar

su alimento. En cuanto a él, ya estaba acostumbrado a soportar largas jornadas sin comida ni agua. No deseaba otra cosa que ver el ancho cielo y el camino abierto por donde un mal día llegara a ese infierno.

Y una mañana, al cabo de una eternidad luchando, una vasta claridad le anunciaba el comienzo de la llanura. «La Muerte», sonrió suspirando. Todas sus hoscas premoniciones, hijas de la penumbra salvaje, se llenaron de luz. En el horizonte veía un resplandor hermoso. «La Muerte» emprendió galope. Tanto él como el malacara bebían con avidez el aire abundante y dulce, aunque les costase aguantar el pleno sol. En la llanura, inmenso espejo, «La Muerte» podía contemplar el verdadero rostro de su desolación. Ya no pertenecía a esa especie común que vive al sol todos los días. Las tinieblas incorporadas en él, los crímenes, lo habían enajenado, alejándolo del ámbito humano como si fuera un leproso. Y la funesta verdad emergió entonces de sus oscuras reconditeces: él, «La Muerte». Pero continuaba andando, avanzando en esa batalla contra un pasado aún no pasado que le oponía una barricada de cadáveres, desalentando sus ansias de paz.

Abierta la llanura y claro el cielo. La esperanza se escabullía como niño travieso, huía, se diluía en el horizonte, pero su esperanza era fuerte y regresaba, a veces representada por la blanca cabellera de su madre, a veces por las negras trenzas de alguna moza. La esperanza renacía día tras día, con cada nuevo sol. Las noches lo ayudaban en la tarea de sopesar sus negras horas, tan cuantiosas como las estrellas, las horas perdidas, las horas muertas y las que quizá lo esperaban. Últimamente venía prefiriendo la noche para cabalgar. El malacara se fatigaba menos por la noche, y él podía

contemplar en toda su vastedad el mar de las estrellas, enamorarse de la luna, recordar.

A pesar de las paradas cada vez más frecuentes y prolongadas, el malacara se debilitaba, pudiendo apenas resistir el peso del amo. Pero debían continuar, ya de día, ya de noche. Tenían que llegar.

Y una calurosa mañana, desde lo alto de una colina, «La Muerte» avistó a lo lejos, borrosamente como en un sueño febril, el ceniciento esbozo de su pueblo ¡Su pueblo! Un violento aleteo sintió en el pecho. El malacara, aunque mustio, alzó los belfos remedando un relincho. «La Muerte» lo obligó a galopar, pero el maltrecho animal, con cuarenta leguas en los huesos, anduvo sólo algún trecho, trastabilló y acabó meneando penosamente el testuz. El amo lo condujo entonces hasta un bosquecillo, lo alivió del apero, y el malacara abandonó la sombra olfateando hacia una hondonada cercana. «La Muerte» lo siguió, y a poco, amo y caballo pudieron beber de un hoyo azulenco y tibio. Y ahora sí, al malacara le entraron ganas de pastar. El viajero, no tan preocupado por el vacío del estómago como por el gran vacío de la propia vida, se acostó a la sombra del bosquecillo, afanándose en atar cabos y despejar telarañas. Esa parada sería la última. Ya podría aventurarse a pensar que estaba en casa. Atrás, muy lejos, borrábasele la selva y sus trampas feroces. En el extremo opuesto del derrotero, muy cerca, propiamente al alcance de las manos, empezaba a cobrar forma verídica el objeto de su regreso, el renacimiento de su corazón, bien que la incertidumbre todavía mantuviera el suspenso entre la vida y la muerte. Su emoción se anticipaba al reencuentro con su gente, al reconocimiento de las viejas moradas de lodo claro y de las esquinas donde los recuerdos le saldrán al paso, de cada palmo de

tierra pisada por sus pies. En una de esas casitas orilleras, olientes a bosta vacuna y yerba buena, encontrará a su madre. Ya la estaba viendo. Le veía los ojos perdidos en la lejanía, los cabellos prematuramente blancos debido al sufrimiento, los brazos vanamente tendidos, agobiados de ausencia.

Llegó un oscuro río inundándole los ojos, y se durmió. Pero fue el suyo un sueño intranquilo y breve, despertándose azorado al poco rato. Al despabilarse tuvo la sensación de haber oído el traqueteo de un galope, y se levantó de un salto. Lanzó miradas desorbitadas hacia la hondonada, hacia la loma, hacia el camino, y ni rastros veía del malacara. Corrió silbando, llamándolo a gritos, y nada. El malacara no estaba. «La Muerte» regresó entonces vencido, dejándose caer pesadamente a la sombra del bosquecillo, hundido el rostro entre las manos, muy dolorido. Pero luego, como repentinamente iluminado, se levantó de nuevo, examinó con detención el lugar donde estaba, se frotó los ojos y repitió la operación. Y sí, se convenció por entero, allí mismo, en ese mismo paraje y en esa misma sombra, años atrás dormía un hombre. A la vera de ese mismo sendero pastaba el malacara, un potro de bella estampa. «La Muerte» acababa comprendiéndolo todo. El malacara había vuelto a su mundo de paz. Una profunda envidia sentía por él.

Pequeño y pardo como antaño, batiendo el polvo con los pies hinchados y descalzos, se largó rumbo al poblado. No cesaba de recordar al malacara en tanto zancajeaba tragando un nudo salobre, pero al cabo debió resignarse. También el animal tenía derecho a regresar al redondel de su querencia.

Al reponerse, el optimismo volvió a él con la esperanza y la urgen-

cia por ver a su madre. La verá cueste lo que costare. La abrazará y le secará las lágrimas con sus besos. Después, ya no importaba si lo metían preso. Sabrá entonces la diferencia que existe entre la cárcel de la selva y la de los hombres. El darse preso voluntariamente tal vez contribuyese a que le perdonaran la vida. Salvar la vida. Eso le importaba. Casi se sentía seguro de ello. Desde luego, yendo totalmente desarmado y en son de paz como iba, nadie podía sentirse autorizado a dispararle. Él se entregará. Que le den los años de prisión que deseen, pero con vida. Que le perdonen la vida.

Desde el día que abandonó la selva, la idea del perdón venía creciendo en él. Pero él, por su parte, ya comenzaba a perdonar. Perdonaba, por ejemplo, a los soldaditos aquellos que intentaron ponerle la mano encima en pleno baile, sin darse cuenta los infelices que en una noche de ésas, el corazón de un macho tiene precio muy alto. Él perdonaría a mucha gente, incluso al padre que nunca conoció, que lo engendró dejándolo solo en un mundo perverso, principal responsable de sus crímenes. ¿Y al comisario aquél, su maldito agresor? ¡Ah, a aquél ni el demonio lo perdonaría! ¿Y a Juan Pío, el hijueperra que lo forzó a cargar la conciencia con tantos muertos inocentes? A Juan Pío, quién sabe, acaso podría ser. Pero, ¿Y a él? ¿A él, «La Muerte», le irán a perdonar la vida?

Se detuvo agitado. Al levantar el ruedo de la camisa y secarse el sudor, su mano tropezó al azar con algo pendiente de un hilo, algo renegrido por la grasitud, algo olvidado desde hacía tiempo, olvidado como su propio verdadero nombre, como su propio credo. La madre se lo había puesto al cuello cuando niño. Según ella, ese amuleto debía ser su «abogado» previniéndole contra las víboras, los malos aires y las balas. Él lo había olvidado. Sin embargo, ese

«abogado» era sin duda el que venía protegiéndolo sin que se lo pidiera. Pues bien, ahora se encomendaba a Él, su «abogado», que no habrá de permitir le quitasen la vida.

José Martínez ensillaba el matungo sin perder detalle del trajín que notaba en la comisaría de enfrente. Los soldados de Juan Pío, ahora siete en total desde que le fueran repuestos los desaparecidos en la desastrosa campaña selvática, ultimaban tan serios aprontes que excitaban la natural curiosidad del viejo bolichero. Su ansiedad obedecía sobre todo al hecho de no haber podido tragar por entero cierta historia referente a la epopeya del Paraná. Del informe conocido entonces, innecesariamente divulgado y vulgarizado, desprendíase que Juan Pío, luego de haber diezmado personalmente, a los tenebrosos calculados en medio centenar, se habría abierto paso a plomo limpio, burlando la trampa que le tendieran, en la cual cayeron todos menos él, gracias a Dios.

Así convertido en baboso héroe, a José Martínez le daba asco. Acabó de ensillar, montó y salió.

-Güen día, don Juan Pío, saludó, ¿hay levantamiento o qué?

-Algo peor, don José, repuso grave el de la Ley, ¿se acuerda del malveo que liquidó a mi finado colega?

-¡Sí, señor!

-Güeno, está por llegar.

-¡El famoso «La Muerte»! ¿Y cómo supo la noticia?

-Figúrese, don José, el hacendado don Anselmo le encontró durmiendo en el mismito lugar donde le robó su malacara hace alguno saño. El hombre me trajo el animal, postrado como jusamenta.

-¡Ayjuepete! Ande con cuidado don Juan Pío; dicen que a ese bicho le gusta la carne de comisario...

Y el bolichero se alejó boqueando una suerte de risa que daba miedo.

A los soldados, ninguna gracia les causó la ocurrencia. Era notoria la hostilidad que trasuntaban tanto las palabras como los gestos.

El vejete, haciendo como si sólo le importara el matiz cómico del drama en ciernes, se largó a campo traviesa. Y apenas estuvo solo, sin nadie más que el matungo para oírlo, con voz gruñona declaró: «Este le va matar a traición, le falta güevo para hacerle frente, seguro que le arma una trampa en el arroyo y le mata a traición...»

Hincó espuelas al matungo. «Una sola vez se quema el gato, suele decirse», continuaba. Y casi a gritos, en tanto el matungo galopaba resoplando, sentenció: «Este le tiene miedo a 'La Muerte', por eso le va matar a traición».

Surgió de la maleza como una visión a escasa media legua del arroyo, límite del poblado, cruzándose delante del malhechor que avanzaba zancajeando sobre la arena caliente.

-Muchacho, empezó diciéndole José Martínez, si querés salvar la vida, escapáte.

El viajero lo miró desconfiado, sin detenerse. Lo esquivó y siguió andando. «Viejo zorro», pensaba, «compinche de cuantos comisarios pisa el pueblo».

El viejo cabalgó a su lado insistiendo:

-Muchacho, yo sé lo que te digo, te va matar, escondéte antes de que te vea...

El viajero siguió trotando. Tenía ocupada la mente en otra cosa: la madre. Ni el hambre, ni el cansancio, ni las palabras del viejo lograban suficiente fuerza para detenerlo. Llegará... Por otra parte, no le cabía en la mente que a un hombre desarmado que llegaba para entregarse lo fueran a matar.

José Martínez no insistió más. Perdía el tiempo. Desalentado y entristecido, torció el rumbo alejándose por donde vino. Ya en camino, pensaba que debió advertirle sobre la trampa. Pero de nada valdría. La tozudez del viajero lo descorazonaba.

El calor y la sed apretaban como nunca. Sin embargo, el viajero sonreía: Llegará... Bruscamente, la carretera se largó en busca de otro nivel, serpenteando por la pendiente antes de retomar la horizontalidad. Hasta el borde boscoso del arroyo, todo se veía desértico. Nadie más que él batía el polvo calcinado bajo el sol. A través de algún raleado follaje comenzaba a ver las primeras techumbres del poblado. Ya podía oír la voz del agua bullendo entre las piedras. ¡El agua!

Al aparse de vuelta José Martínez, una cerrada descarga hizo vi-

brar la tierra bajo sus pies. Como catapultado por la impresión, de nuevo se horquetó en la montura y hundió espuelas. «Ojalá -mascullaba para sí- que los presentimientos me fallaran». Pero tan seguro estaba, que ante las voces preguntonas que le salían al paso mientras galopaba cruzando el caserío, él respondía a gritos:

-¡Lo mató a traición..., lo mató a traición!

Una muchedumbre lo siguió espontánea, desembocando al rato en la carretera que llevaba al arroyo. Faltando poco para llegar, se cruzaron José Martínez y el comisario que regresaba galopando solo y sombrío. Poco después, también la muchedumbre se cruzaba con él, abriéndose en dos para darle paso. El comisario nunca saludaba. Por eso, no causó extrañeza que no lo hiciera. Regresaba metido en sí mismo, huyendo de la polvareda que parecía querer sepultarlo.

En el arroyo, todavía el aire olía a pólvora. «La Muerte» yacía de bruces, cubierta la espalda de agujeros manchados de rojo sucio. Más personas llegaban y crecían los comentarios. Todos miraban el cadáver, los agujeros, y se fijaban en los soldados que permanecían inmóviles, clavados los ojos en tierra.

-Parece un limosnero, dijo uno dirigiéndose al viejo, ¿por qué le mataron?

José Martínez calló. Las miradas paseaban sobre el cadáver, yendo y viniendo como moscas. Alguien mencionó al Juez que debía verlo y dar fe.

-¿Nadie sabe dónde vive?, preguntó luego.

-El comisario ha de saber seguramente, dijo otro.

Hacia media tarde, cuando la gente empezaba a retirarse, llegó sudoroso y rojo un emisario. Traía instrucciones de trasladar el «orciso» al pueblo. Dos hombres cortaron ramas y se aprestaron a señalar el preciso lugar donde debía plantarse la cruz del finado. Enseguida lo terciaron. sobre la grupa del único montado que allí había, el matungo de José Martínez, y el cortejo se puso en marcha envuelto en una nube de polvo rojizo. A la entrada del poblado se sumó al grupo una anciana de rostro palúdico, ceñida en terroso manto. Apretaba un crucifijo contra el pecho y se mordía los labios.

-La vida es puerca, dijo José Martínez para quien quisiera oírlo; ésta es la madre del difunto; mejor hubiera sido si el hijo se le pudría en la panza.

-Mejor, reafirmó otro.

A poco de andar, la lenta anciana quedó rezagada. Cuando pudo llegar al rancho, ya el cadáver estaba tendido sobre un largo «apycá» de madera labrada al hacha. Le cruzó los brazos atándolos con un trapo oscuro y le aplicó el crucifijo sobre el esternón.

José Martínez mandó a buscar dos velas. «La Muerte» yacía cetriño, sucio y más pequeño que nunca.

Al crepúsculo, Juan Pío llegó acompañando al Juez, quien lo miró contrariado al verlo aplastar con la bota una de las velas que ardían sobre el piso de tierra.

El Juez volteó el cadáver como si no le interesara el rostro sino la espalda. Los impactos eran siete, de idéntico tamaño los agujeros.

Se volvió hacia el comisario inquiriendo irónico:

-¿Y usted no le tiró?

A Juan Pío le atoró el humo del cigarro que mordía. Salió al patio tosiendo pero el Juez lo llamó.

-Los tiros son iguales, ¿verdad, comisario?, todos de fusil todos por la espalda, insistía; ¿el tipo se resistió?, ¿peleó? ¿corrió? Según parece, nada de eso.

Juan Pío no respondió. El Juez soltó el cadáver que tornó a su posición anterior. La única vela encendida, sostenida por José Martínez para que el Juez pudiese ver el cadáver, arrojaba destellos pequeños y rojizos que iluminaban la cara lampiña de «La Muerte». Juan Pío miró una vez más ese retal de figura humana, miró de reojo a la madre, y se marchó sin una palabra.

Esa noche, más que en ninguna otra, más aún que en sus noches pasadas en la selva, encontró decepcionante la vida. La visión imborrable de los agujeros amoratados, la inoculta censura del Juez, la sonrisa acusadora de José Martínez, el silencio retador del pueblo, todo en uno lo abrumaba y embadurnaba la validez de su mentada carta blanca. Los días subsiguientes fueron peores. Notaba que hasta sus propios soldados le volvían la cara. Y en tanto el vacío crecía sofocándolo, veía cómo la gente evidenciaba su preferencia y apoyo al Juez, quien, naturalmente, no perdía la oportunidad para

arrojar sobre el comisario alquilo más de barro en cada ocasión.

Poco pudo resistir. Dejó de aparecer en público. Encerrado durante el día, se pasaba buena parte de las noches asomado a la ventana, espionando la calle. Y en una de esas, de clara luna y grata brisa campera, un sartal de chicuelos travesaba en la arena, frente a la casa. Juan Pío los observaba con franca envidia. «Los inocentes, los únicos no podridos de alma. Si pudiera volver a esa edad sin preocupaciones ni maldades. Con razón decía el gobierno que ellos son la esperanza de la Patria. Por eso se hace necesario limpiarles el camino de la vida de bichos venenosos que no sólo asesinan sino además llenan la cabeza de los niños de malísimos ejemplos...». Así hablaba consigo mismo Juan Pío cuando, de pronto notó en el juego de los inocentes algo que lo inquietaba. Armados con fusiles de tacuara, perseguían a un supuesto bandolero, casualmente el más raquíto e indefenso de los chicuelos. Y éste, al pasar cerca de la ventana entreabierta, pegó a todo pulmón un sorpresivo grito: «¡Milico py-ayú, yo soy 'La Muerte'!».

La ventana se cerró. El mote de py-ayú (cobarde) estallando como una bomba infamante, quedaba zumbándole el oído, tal lo hiciera una descarga. Si hasta los niños lo agraviaban en esa forma era porque había caído hasta el fondo.

El primero en enterarse de la renuncia fue José Martínez. Con muchas ganas de darle un empujoncito más, el bolichero, se apresuró a fin de ser el primero en verlo ya simplemente Juan, alejado de la comisaría.

Lo encontró más descolorido que calabaza asada, tumbado sobre

la montura, mirando el techo. De entrada y sin lástima, le dijo:

-Ahora que ya no sos nada, podemos hablar de igual a igual, ¿no es cierto?

Juan Pío no se movió. Sólo se puso más pálido, con signos de impotente ira.

-Vengo a pedirte el caballo del finado -continuó el otro-, no sea que por ahí le agarrás miedo y se te antoja pegarle siete tiros o qué...

-El caballo tiene dueño, viejo atrevido, así que ¡Váyase!

-Espera -insistió pesado el viejo con voz de moscardón-, te quiero decir dos cositas más, en secreto, ¿sabés? Yo presentí que le ibas a matar a traición. Por eso salí al galope a su encuentro y le di el aviso. ¿Y sabés lo que me dijo el muy zongo? ¡Nada! Ni quiso oírme. ¿Sabés lo que pienso? El prójimo venía para entregarse, no hay duda. Y quién sabe no se le habrá antojado que viniendo sin armas como venía, el milico Juan Pío procedería con él como Dios manda, ¿no es así?

El renunciante, sentándose de golpe, se enfureció.

-¡Yo cumplí con mi deber! -farfulló- ¡orden es orden! Y no me comparo a usted, traidor de mierda, que quiso ayudar a escapar a un peligroso asesino...

-Juan Pío, «traición» y «mierda» son cosas que se huelen al entrar en esta su casa -le replicó calmoso el viejo con su sempiterna son-

risa acusadora-. Traicionaste a la ley del macho y a la ley que representás con tu estrella de lata. Te puedo decir estas cosas porque ya no tenés mando. Te quedaste igualito que una víbora sin veneno...

Y concluyó el bolichero arrojándole una sardónica risa. Juan Pío dio un salto crispando las manos contra el pecho. Una horrible mueca le torció el rostro y se desplomó crujiente. José Martínez le buscó el pulso, le auscultó el pecho y acabó cerrándole los ojos con una pasada de mano. Luego, casi al oído, le dijo como en un rezo:

-Adiós, Juan Pío. Esto te pasa por no perdonar a «La muerte». A vos, que te perdone Dios.

Nosotros, los otros y la guerra

Ahora puedo saber quiénes mataron a mi padre y por qué.

Éramos los dos de la tierra grande. Él la había comprado con todo lo clavado y disponía de la hacienda y la gente. Me refiero a varones y mujeres que prestaban su servicio, su completo servicio, recibiendo en pago desde alimentos y ropa usada hasta uno que otro padrinzago de bautismo, supletorio de reconocimientos más compromisosos. La austeridad -según mi padre- era producto de la guerra.

Mi padre habría llegado a gran señor si no fuese aquella guerra, no por haber participado físicamente en ella sino por las aviesas consecuencias de la contienda para los hijos y entenados de Perulero, que así se llamaba la hacienda de mi padre. Aunque, por otra parte, la guerra era un juego sólo para mayores, sus efectos los alcanzamos todos, hasta los niños.

Y hablando de niños, los hijos y entenados de Perulero éramos felices a nuestra manera, pese a todo. Corríamos por los mismos cañadones, nos desfogábamos en comunes aguadas y lucíamos parejamente oscuros, no obstante ser nosotros los hijos de la tierra grande y entenados sin tierra los demás. Hablábamos la común lengua terrígena, nosotros con cierta envidia, con propiedad los otros. Probábamos el ardor de la canícula recorriendo los cocotales, y sangrábamos con frecuencia en feroces peleas disputándonos los frutos de la miseria. Paladeábamos el hambre, nosotros porque así jugábamos al sacrificio evadiendo el tedio de sentarse a la mesa tres veces cada día; los otros por mala estrella.

Nosotros éramos como la parte dulce de las frutas amargas, y habíamos declarado nuestra guerra a la naftalina y al almidón camuflándonos entre la paja brava y los moscardones. Nuestros firmes aliados, los entenados, eran los veteranos.

La otra guerra, la de los adultos, acerca de la cual mi padre comentaba en la mesa, ésa llegaba a la hacienda semanalmente, envuelta en un periódico oliente a pólvora, y nos hacía sentir su violencia cada vez que hombres uniformados, montando briosos caballos del Ejército, llegaban en busca de emboscados.

Se trataba de una dura guerra, cruel como la peor, librada en un territorio inhóspito pero rico en promesas petrolíferas y ambiciones encontradas. Nuestra inefable curiosidad nos llevaba a preguntar y obtener, si bien parcamente, las informaciones con que tejíamos nuestro universo de realidades y fantasías. Así supimos por qué se escondían los emboscados en las impenetrables quebradas del Ybytyruzú. Y era que se negaban a marchar a la guerra, se negaban a dejar allá la sangre y la vida en defensa de las tierras que a ellos les negaban por ser ajenas. No lo hacían a sabiendas, claro está, mas no por eso era menos atroz el drama que afrontaban. Sus huesos todavía suelen aparecer entre los pedregones, bajo estratos de tiempos derrumbados.

Era pues la guerra de los adinerados contra los adinerados, pero, según podíamos los niños colegir y entender, en ella sólo peleaban los pobres, los sin vela en el entierro.

Había en la espesura moscas verdes y tábanos que desangraban a los vivos y los llenaban de sarnas y gusanos. Los caídos eran aten-

didos por presurosos buitres. Pero los emboscados preferían todo eso a la guerra. Los que estuvieron en el frente y regresaron heridos o enfermos vivían obsesionados por la muerte masiva del campo de batalla, por la muerte con morteros y metralas; vivían espantados por las mutilaciones y la desesperación de los moribundos; vivían huyendo de la espantosa muerte del infeliz que muere de ser; huían de la absurda pelea contra reclutas desconocidos, tan paupérrimos, analfabetos, ignorantes de todo y obligados como ellos mismos, infelices a quienes debían matar, matar para vivir, para que la Patria viva, matarlos.

Una vez habían llegado a Perulero los perseguidores de emboscados, y mi padre, en homenaje a los huéspedes, faenó un toro. Desde entonces, la visita se hizo rutina. A la cabeza, un ceñudo gruñía como en su propia casa. Le decían «el yagua però en jefe» ¡Cuánto lo odiábamos!

El método que utilizaban para la caza humana consistía en capturar un hombre manso, habitante sin tierra y padre de familia con preferencia, amarrarlo desnudo contra la ovenia de mi padre y azotarlo hasta que soltase la lengua. El hombre se desvanecía ante los ojos aterrados y el corazón deshecho de las mujeres y los niños de la hacienda. Los pequeños nos escondíamos a llorar debajo de las camas, reproduciendo mentalmente crudas imágenes, las llagas abiertas por el látigo, rojas, amoratadas y vueltas a enrojecer, la cara delirante de la víctima, la boca contraída en espantosas muecas. ¡Y cómo lloraba el látigo! ¡Cómo sangraban las correas trincadas en la ovenia! Allí estaba un habitante sin tierra, un hombre manso, bracero a menudo utilizado en la hacienda, y allí los implacables perseguidores de emboscados. Y estaba también mi padre.

Así dos o tres días consecutivos hasta que la partida se iba. Mi padre se encargaba de soltar al que fuera amarrado contra la ovenia. Le echaba tinas enteras de agua y sal. Todos lo veíamos alejarse sin decir ay.

Los amarrados y azotados jamás hablaron. Sus hijos o amigos, los perseguidos, continuaban como echando raíces en el monte. De tanto en tanto le robaban a mi padre algún ganado y se llevaban de la hacienda una que otra mujer en la noche, la que regresaba algún tiempo después, hueso, piel y barriga.

Aunque mansos, los capturados jamás hablaron, pero poco a poco devinieron fieras. Y seguían allí, al borde de la tierra grande, la tierra donde las ovenias crecían con estigmas de látigos en los tallos. Y allí seguía mi padre, un hombre que sólo hablaba de respeto; nunca de amor.

Cierta noche, en el portón de la hacienda relinchó su caballo. Traía las riendas trizadas a pisotones y la montura manchada de sangre. A la mañana se alborotaron los buitres. Así pudo ser encontrado el cadáver. Todavía guardo un recorte de diario donde se decía: «Han asesinado a don Fulano Tal, un hombre justo que prosperó con honor e hizo del deber y el respeto los signos de su vida. No se explica quienes pudieron matarlo y por qué».

Ahora, reproduciendo los hechos al correr de la vida, yo sí, puedo explicármelo.

Un golpe del destino.

*(Cualquier coincidencia
no es pura casualidad)*

Enero veintiuno del año de la desgracia. Medianoche. Marcos, el enlace que debía traer las instrucciones para nuestro acoplamiento al contragolpe, no llegaba.

Esa madrugada, el general presidente sería depuesto por un levantamiento cívico-militar, y el país recuperaría el proceso institucional desarticulado por un cuartelazo. Además de algunas unidades uniformadas, toda la oposición política, fuera de ley desde el día trece, estaba comprometida. Nuestro grupo, románticamente activo pero inerme, era una pequeña parte de ella.

Aguardando la comunicación, permanecimos concentrados en una dependencia de la vieja casa de los Paiva, sobre la calle Gaboto, hasta la hora previamente acordada, pasada la cual y considerando perdido el contacto, nos retiramos. Y entonces, habiendo llegado apenas a la primera bocacalle fuimos atacados a mansalva por una brigada de «guiones rojos», suerte de maleantes fascistas al servicio de la dictadura. El encargado de nuestro grupo, un estudiante universitario de apellido Cabrera, cayó frente a mí. Quise ayudarlo, pero una lluvia de golpes asesinos me dejó fuera de acción. Hasta donde tuve conciencia, todavía me golpeaban.

Al alba, alguien que jamás pude saber quién fue, pasó por la calle conduciendo un carro de mulas. Se supone que provenía de la Chacarita, y que al toparse con los cuerpos allí despatarrados, notó que uno de ellos daba señales de vida. Lo alzó en el carro y lo llevó. Según el portonero del hospital de Clínicas, de aquel entonces, ni bien el carrero dejó al herido en la entrada, se marchó de prisa. Y

según los camilleros, el médico de guardia les ordenó condujeran al infeliz a la sala X, donde, conforme refieren, continuó inconsciente por varios días. El infeliz era yo.

Cuando recuperé la razón, me encontré inmovilizado dentro de un mameluco de yeso, tirado en un camastro de cuya cabecera colgaba el número seis. Apenas pude hablar, pregunté a mis adláteres qué lugar era ése, si había llegado allí solo o con otros compañeros. Nadie me pudo contestar al respecto. Era imposible averiguar quién era quién entre el revoltijo de semi-cadáveres que allí se pudrían. Traté entonces de olvidar el tema concentrándome en mi maltrecha humanidad. En esos momentos me percaté que tenía un acordeón en el pulmón izquierdo; en el derecho, unas cosas como astillas que lo atravesaban. Pensé que serían costillas rotas. Fue cuando sentí el sigiloso paso de una monja, la encargada de la sala. La llamé como pude. Le supliqué me consiguiera un calmante. Me lo trajo, lo tragué y al rato me quedé dormido.

Días más tarde -no sé cuántos-, quizá llegado al diagnóstico, fui puesto en una ambulancia con destino desconocido. El traqueteo del vehículo sanitario había de quedármeme en los huesos por varias semanas. Al cabo del paseo, me vi llegando a un lujoso hospital, el Bella Vista, recién inaugurado gracias a un programa de penetración norteamericano. Me acomodaron en el extremo posterior de la galería más larga que en mi vida había visto, en una flamante cama reclinable. Todo allí olía a barniz. Un comedido vecino de aposento me prestó su ejemplar de «La Tribuna». Y fue leyendo ese diario que pude enterarme -peor es nunca- del motivo que impidió a nuestro enlace volver a la casa de los Paiva. Marcos aparecía en un suelto acusado de activar con los comunistas en contra del

gobierno constituido. Descubierta el plan de contragolpe por denuncia de soplones, todos los implicados habían sido detenidos de inmediato, incluso nuestro enlace, quien, duramente golpeado, no tardó en dar nombres, direcciones y todo lo demás. Así cayeron uno por uno los grupos involucrados. A nosotros, al encontrarnos en la calle, sencillamente nos masacraron.

Durante mi primer día en Bella Vista, recibí una agradable sorpresa: la visita de mi madre. Enterada de mi situación por medios que ignoro, viajó desde Villarrica para verme. Fue a mi pensión, tomó mis ropas, mis papeles, y salió a buscarme. Estuvo primeramente en el Clínicas, y de allá la enviaban. Me abrazó llorosa. Pero su angustia de madre pronto halló el conducto por donde volver a cierta alegría. Yo no estaba muerto como al principio había creído. Y si bien me veía grave, su esperanza de que me volviera a curar era más fuerte que el sufrimiento.

Al día siguiente me quitaron el yeso para someterme a estudios radiológicos. Ahora el tema era pulmones, y el yeso se hacía innecesario. Yo, por mi parte, me congratulaba de ello, ya que aquel mameluco resultaba sumamente molesto debido al calor y a las picazones que producía.

Un mes después estaba convaleciente de mi primera operación. Libre de costillas rotas, empero, el pulmón izquierdo seguía molestando. Una mañana, el director de la sala, haciendo su recorrida, se detuvo frente a mi cama.

-A ver, mueva las piernas -me dijo.

Lo intenté, pero el dolor me obligó a desistir. Luego supe que tenía problemas en la columna. Sin embargo, una parte de mi salud mostraba evidente mejoría: la espiritual. Ilusión y optimismo estaban nuevamente en función. Con mis brazos no tenía dificultades. Podía asearme, tomar los alimentos y sujetar un libro. Demasiado, dadas las circunstancias. Comencé a leer con avidez. Como descanso, escribía. Era una forma casi inconsciente de evitar cualquier indicio de depresión. Mis escritos combatían el pesimismo, aunque a veces revelaran una enorme tristeza. Pero de cualquier manera, sentía que me ayudaban. Cantaba a la libertad, aunque ella estuviera entre rejas. Cantaba a sus defensores, aunque estuvieran muertos.

Marzo, 20. Amanecía. Desde mi cama, ubicada siempre en el extremo posterior de la alta galería de Bella Vista, vi de pronto arder a lo lejos los primeros fuegos de artificio revolucionarios en un ataque a la caballería -lo confirmé después- realizado por pilotos que huían con sus máquinas para plegarse a las fuerzas insurrectas concentradas en algún lugar del país. Las acciones habrían comenzado. Ese mismo día, los internados que tenían un receptor pudieron captar la característica de «La Voz de la Victoria», emisora que decía transmitir desde la base revolucionaria de Concepción. ¡Aleluya! Desde ahora podíamos seguir paso a paso el desarrollo de la lucha armada contra la dictadura. Salvo unos pocos, todos estábamos contentos y compartíamos la esperanza de conquistar la democracia.

Al comienzo, sólo las unidades de Concepción y Chaco estaban sublevadas. Luego fueron sumándose grupos de civiles con gran fervor combativo llegados desde todos los puntos del país y aún del

extranjero. De todo ello nos informábamos detalladamente gracias a esa «Voz» que diariamente nos alegraba desde el alba.

Al mes se sublevó la Marina. Sus instalaciones, en plena ciudad fuera de toda lógica, estaban rodeadas de un denso vecindario. Según se pudo saber, el levantamiento sobrevino como un aborto. Debía coincidir con el arribo de las cañoneras que se encontraban en Buenos Aires reparándose, pero no faltaron «pyragüés» entre los propios marinos, que no vacilaron en delatar a sus camaradas. Cuando efectivos policiales y grupo del «guión rojo» se agolparon en las adyacencias amenazando con invadir la base fluvial, el pronunciamiento previsto se adelantó, llevándose a cabo una acción bastante apresurada y meramente defensiva. Las fuerzas intrusas fueron sin embargo desalojadas de la zona. Pero, para entonces ya tropas de verdeolivo y piezas de mortero entraron al ataque. Durante días y noches fue batido el cuartel de la Marina y, muy desaprensivamente, toda la indefensa población circundante. La orden del gobierno de acabar con la unidad rebelde fue puesta en marcha con una ferocidad que superaba a cualquier otra demostrada por nuestro ejército durante las dos grandes guerras, llegando a una verdadera barbarie.

Poco antes de ese ataque, había sido devuelto al Clínicas, ahora para una intervención a la columna. Una semana después, el hospital quedaba aislado. Atrapado en terreno insurrecto, era constantemente alcanzado por las balas leales. Fue gracias a aquel regreso que pude seguir de cerca los pormenores de una brutal tragedia popular. Todas las salas se abarrotaron de heridos. Yacían en camastros improvisados, en pasillos, corredores y bajo los árboles. Personas de todas las edades, mujeres y hasta niños, sin nada que

ver con la contienda, caían abatidos en las calles y en las casas.

Promediando la segunda jornada de balaceras, de pronto apareció en la sala X un hombre que, a juzgar por la voz que trascendía hasta el interior del pabellón, rondaría los cincuenta años. Y, muy afectado a consecuencia -según decía- de explosiones que se habían producido en su domicilio, apenas podía escucharlo desde mi inmovilidad. La gente que lo rodeaba lo llamaba «don José», y muy enfermo como estaba, según pude deducir, traía en brazos a una adolescente en estado grave, clamando a voces le quitaran la hemorragia que la estaba matando.

-¡Mi pobre hija tiene el cuerpo acribillado de esquirlas! -gritaba desesperado-. ¡Se está desangrando! ¡Por amor de Dios, sálvenla!

A la llegada del hombre, ya había trascendido que dos mujeres habían muerto en la casa. Los «guiones», que invadieron el hospital, al ver a don José, cuyos familiares estaban siendo víctimas del ataque gubernista, se dispusieron a fusilarlo inmediatamente contra un muro del pabellón. Por suerte, un médico militar, el doctor Texidó, que prestaba servicio de emergencia en la sala, intervino enérgicamente en favor del afectado, salvándolo del alevoso procedimiento.

Entre tanto, seguían llegando heridos. Los atendían, además del único doctor, estudiantes y enfermeras residentes del mismo hospital. Los de afuera no podían concurrir por temor a las balas.

A poco supe que a la adolescente malherida se la llamaba «Chiquita». Desde la sala contigua, la de varones, sólo podía oír sus quejas,

aunque extrañamente, era como si la estuviese viendo.

A la tarde de un pésimo día lunes llegó a visitarme un antiguo amigo de nombre Alberto. Informado de mis tribulaciones a través de mi madre, se abrió paso entre los piqueteros fuertemente armados y vino a verme, trayéndome de regalo una pequeña radio a pilas. «Para que escuches los informativos», me dijo.

Efectivamente, lo primero que escuché con ese receptor fue un informativo del gobierno que me pareció de muy mala fe. Por ella se atribuía la desgracia de don José a bombas caseras fabricadas por ellos mismos. Reflexioné al respecto lo más objetivamente posible. «Las bombas caseras no arrojan esquiras», me dije. El infundido gubernista sólo perseguiría crear confusión y hostilidad contra la familia afectada, y así encubrir la atrocidad de todos conocida. Consecuentemente, el miedo del pueblo envilecido por la interminable dictadura se encargaría de que los vecinos, amigos y hasta parientes de las víctimas les negaran su apoyo y solidaridad. La propaganda al servicio de la maldad, por alguna extraña razón, suele acabar imponiéndose.

Los marinos, huérfanos de toda asistencia, pudieron sostenerse sólo unos pocos días. Cuando la carga de las fuerzas leales venció la última resistencia, los sobrevivientes optaron por lanzarse al río en pequeños botes o a nado. Las lanchas motorizadas habían partido mucho antes con los jefes y sus familiares a bordo. Los atacantes llegaron hasta la costa, descargando metrallas a mansalva contra los soldados y guardiamarinas que huían o que aún no podían hacerlo y permanecían en la orilla con los brazos en alto en señal de rendición. Los atacantes acabaron con todos.

Paradójicamente, la derrota de la Marina trajo alivio para los internos del Clínicas, si bien aquella derrota implicaría muchos más asesinatos, saqueos, violaciones y apresamientos de opositores. Los internados sólo pensaban en el pronto regreso de los médicos, cuya ausencia había ocasionado numerosas muertes por falta de atención profesional.

A la joven hija de don José, Chiquita, entre tanto, le cupo una suerte especial. Luego de haberse logrado parar la hemorragia, ella se recuperaba. Su juventud y sus ganas de vivir habían hecho posible el milagro. En todo el hospital se hablaba de ella y su familia, con general simpatía y piedad. Gracias a esa actitud de la población hospitalaria, podía yo informarme de su evolución. Salvada la vida, aún debía luchar por salvar las piernas de ser amputadas. La habían trasladado a la sala XI, donde, en breve, también yo iría a parar para ser nuevamente enyesado y operado.

Días más adelante, siendo conducido a rayos X, la camilla que me transportaba acortó camino cruzando por la sala de mujeres. Pedí al camillero parase allí unos minutos. Pregunté a las enfermas quién de ellas se llamaba «Chiquita», y la respuesta no se hizo esperar: «Esa que está en esa cama», me dijeron casi en coro. La miré detenidamente, la congratulé por su mejoría y le deseé lo mejor para su salud y su futuro. Mi emoción, al conocerla, fue confortante. La encontraba mejor aún de lo imaginado.

Esa noche, fortuitamente, pude conocer a dos de sus hermanas. Caminaban al azar, mientras la paciente dormía. Se introdujeron en la sala de varones, pasaron frente a mi cama, e impresionadas quizá por mi padecimiento al verme dentro de un mameluco de

yeso, se detuvieron a conversar conmigo. Respondí lo mejor que pude a la cortesía de mis visitantes. El sólo hecho de que se interesaran por mi humanidad doliente me llenaba de reconocimiento.

Desde entonces, aquellas dos muchachas continuaron visitándome. Hablábamos de temas relacionados principalmente con Chiquita, nombre que había ingresado en mi fantasía y formaba parte de ella. Hablábamos de los altibajos de su salud, del trato que recibía en la sala, donde constantemente aparecía la tosca figura del «pyragüé» con sus absurdas indagaciones. Pronto mis amigas se percataron de mi pasión por la lectura y mi afán por escribir. Empezaron a traerme libros. Yo les retribuía dedicándoles encendidos versos.

Entre tanto, había soportado dos meses más de yeso. Un día, sorpresivamente, debía dejar la sala XI. Varios médicos habían regresado, y la atención se regularizaba. En mi caso, habiendo llegado a la conclusión de que las costillas rotas habían afectado al pulmón izquierdo, y que en esas condiciones era imposible una operación a la columna, nuevamente me fletaron al Bella Vista. Llegué allí en momentos en que los revolucionarios abandonaban sus posiciones sobre la calle Luna, calle del hospital, y se desbandaban víctimas de una derrota entonces inexplicable. Eran los del frente de Concepción, que luego de una marcha victoriosa e incontenible, ahora se desintegraba. Varios combatientes se introdujeron despavoridos en el Bella Vista, simulando enfermedad y suplicando fueran internados. Algunos lo consiguieron. En realidad, lo que buscaban era un refugio. Entre ellos reconocí, no sin estupor, a uno de los compañeros del grupo. Había escapado de la masacre gracias a la oscuridad. Le pregunté si éramos los únicos sobrevivientes de aquel episodio.

-Los únicos -me respondió.

Pude entonces deducir cuántos habían perecido allá. Por él me informé, además, del desentendimiento y pésima organización imperante en las filas revolucionarias, pese a todo lo cual estuvieron a un paso del triunfo. Y lo habrían logrado si en el justo momento no hubiese llegado la tan malhadada ayuda del General Perón a su amigo, el general presidente. Su cargamento de modernas armas automáticas y selecto personal técnico hizo posible que los cansados, desorganizados y mal armados revolucionarios fueran aplastantemente derrotados a escasos cuatro kilómetros de la casa de gobierno.

En el Hospital Bella Vista, el dolor de la derrota agravó todos los males físicos. Una fatal tristeza copó el ambiente. Varios murieron.

En lo que a mí concierne, aún penando como el peor, tuve que soportar dos consecutivas operaciones quirúrgicas. Y al cabo de unos meses, con las heridas apenas cicatrizantes, me anunciaron mi vuelta al Clínicas, para continuar con la terapia de la columna. Así, nuevamente, llegaba a sala XI, donde, para sorpresa mía, otra vez me tocó la cama seis. Algunos pacientes me reconocieron y yo a ellos. Un hombre apellidado Panamá, de origen Nivacle, revolucionario, herido durante un combate contra la fuerza leal, ya muy poco podía caminar, pero continuaba servicial y dicharachero, ayudando a los compañeros menos capacitados. Atacado de gangrena, sólo el humano aguante le permitía continuar en pie. Me dio noticias de Chiquita: «Ella mejora -me dijo-, ya empezó a dar unos pasos».

¡Cuánta alegría! Pensé que pronto también yo podría caminar, y nos veríamos.

Contento, traté de preparar la moral para afrontar mis próximos problemas. Ese día me repusieron el yeso a fin de que me acostumbrara. Porque -me dijeron-, después de la operación tendría yeso para un largo rato.

Pero el tiempo pasó, desde entonces, sin que de mi caso nadie se acordara. El tal acostumbramiento se me estaba haciendo interminable, hasta que una mañana, ya harto de tanta demora, y aprovechando una recorrida del director de la sala, desde mi postración, lo encaré. Tenía que saber qué pensaban hacer conmigo. Me respondió de mal talante que no iban a operarme porque sí, por operarme; que en mi caso el porcentaje de riesgo llegaba a noventa.

-¿Aceptaría operarse teniendo sólo diez por ciento de probabilidades a su favor? -me preguntó.

Y yo contesté: -Sí, doctor. Opéreme.

Me dominaba la sensación de que, si no me lo hacían, igual me moriría de angustia. Una semana después me hallaba en el quirófano. El trabajo duró seis horas. Consumí ocho latas de éter. Recién a medianoche pude reaccionar. Mi primera impresión fue pavorosa. Tras ninguna de mis anteriores operaciones me había sentido igual. Las tablas de mi lecho eran piedras de sepulcro. El mameluco de yeso, un féretro. Sólo cuando el consciente entró a clarificarse, pude reflexionar. Fue al mismo tiempo que comenzaban los dolores y las arcadas, mis primeros síntomas de vida. Me había salva-

do. Ningún proyectil ni cosa parecida pudo ser encontrado en las vértebras dañadas. Simplemente se trataba de graves contusiones y fracturas provocadas a golpes de culata. Pero, de cualquier manera, la operación debió ser de suma gravedad, tanto que me sentía dentro del mameluco de yeso como en un cepo triturante. Poco después pude darme cuenta de que tenía los brazos libres. Ya hubiera podido ponerme contento al poder hacer uso de mis manos, al poder tomar un libro, al poder leer y aún escribir. Y el momento llegó. Mis reflexiones al respecto me daban cuenta de que mis funciones sensoriales comenzaban a normalizarse. Todo lo cual era bastante más de lo que hubiera esperado. Ya cerca del alba me dormí gracias a una dosis de morfina, pero tuve una fea pesadilla. Apostaba mi vida en un desesperado juego. Ya la tenía virtualmente perdida cuando un susto provocado por la misma pesadilla causó el sobresalto que me despertó. Y de golpe, gané la apuesta.

Ese mismo día, a la tarde, recibí la visita de mi madre. Pero no fue solamente ella quien se diera cita al hospital. También vinieron mis hermanas, varios amigos y, ¡oh, sorpresa!, las dos hermanas de Chiquita. No faltó alguien, quizá una enfermera de la sala, que les diera la noticia de mi regreso y de la operación a que fui sometido. Y vinieron. Volvió a cobrar sentido para mí la palabra alegría.

También ese día -histórico día- depusieron al general presidente, poniendo fin a una década de funesta dictadura. Sólo que sus derribadores fueron los mismos que lo sostuvieron durante todo el tiempo. Su reemplazante, ideológicamente idéntico, no deseaba otra cosa que tomar su turno y seguir el mismo andamio, aunque con mayor sentido del provecho propio. El cambio, pues, se hizo para que nada cambiara. El país entero lo comentaba en voz

baja. De ahí en más, varios mandamases ocuparían la codiciada silla presidencial, sin otra consecuencia práctica que el enriquecimiento veloz de cada uno de ellos a costa de los fondos públicos.

A partir de ese día, de pronto, mis amigas dejaron de venir. La ausencia duró tres semanas, e ínterin se produjeron novedades. Así, sucedió que, terminada la cura traumatológica, nuevamente me pasaron al Bella Vista para controles y el alta posterior. Así me lo anunciaron. En pocos días más estaría en casa. Eso pensaba yo. Pero el epílogo no había de ser tan breve. Resultó que obtuve el alta un año después, y sin que todavía pudiera caminar. En la casa estaba mi madre. A propósito, para estar cerca de mí, ella había vendido la casa de Villarrica, comprándose otra en Asunción, a pocas cuadras de Clínicas.

Cuando pude dar finalmente mis primeros pasos, había transcurrido un año más con sus secuelas que nunca faltan. Entre tanto, no cesaba de leer y escribir. Había logrado publicar cosas en algunos medios locales. Mi nombre apareció en el Índice de La Poesía Paraguaya. Era mi primer paso trascendente. Luego vinieron concursos literarios y obtuve algunas distinciones. Entonces comencé a recibir visitas de amigos periodistas. Consideré necesario mudarme de casa, ganarme el sustento y comenzar una nueva vida.

Ahora bien, a pesar de mi deseo de contarle todo cuanto antes, debo volver atrás. En tanto a mí me sucedían cosas que en cierto modo alteraban mi existencia, Chiquita había vuelto a la sala XI debido a la localización de más esquiras que aparecían provocando serias infecciones. Quien me lo contó aseguraba que los médicos diagnosticaban gangrena y eran partidarios de una amputación.

«Ella prefiere la muerte», me dijo. El padre, muy contrariado, la retiró del hospital, llevándola a un sanatorio privado. Mi informante no supo decirme de qué sanatorio se trataba. Y, al no poder ubicar su paradero, nada más supe de ella.

Pasado un tiempo, y al cabo de muchas vicisitudes, entre las cuales había logrado recuperar la capacidad de caminar, resolví salir en busca del domicilio de aquella que me quitaba el sueño. Me costó mucho encontrarla, pero pude hacerlo. Encontré a Chiquita en plena convalecencia, con una pierna todavía enyesada. La había salvado de la amputación.

-En la próxima semana me quitan el yeso -me dijo feliz.

Yo conocía esa suerte de felicidad por haberla vivido casi a la par de ella. La impresión que recibí al verla después de tanto tiempo y de tanta ansiedad superó en hondura todo lo previsible. Estar junto a ella me produjo tal estado emocional que no pude menos que expresarle enteramente lo que en ese momento sentía. Chiquita se ruborizó. Y de esa extraña manera, como semilla caída en tierra fértil, en lo hondo de aquella emoción compartida, quedó el germen de un secreto romance.

Y el tiempo nuevamente pasó, hasta que un día, encontrándome en mi trabajo, llegó hasta mí un desconocido portador de una invitación. Era de parte de ella. Mi invitaba a su colación de grado. Ese año se recibía de maestra. A pesar de los graves percances, había completado el magisterio. Ni los cañonazos de la dictadura pudieron torcer su voluntad. ¡Oh, auténtica hija del pueblo! En la tarjeta se anunciaba, además del acto académico, una fiesta en la sede social del Olimpia.

Asistí, por supuesto. Compartimos la fiesta del comienzo al final. Y, ya próximos los sones del «Campamento», hicimos un trato. Como ella viajaría de vacaciones a Villarrica al siguiente día, yo iría después a reunirme con ella. Decidíamos pasar juntos unos días de campo inolvidables. Al sólo pensarlo, comenzaba a vibrar. Aquella escapada nos resarciría de muchos sinsabores pasados y nos reconciliaría con la vida. Esa noche dejamos rubricada una página de nuestra existencia que aún estaba en blanco. Más tarde la llenaría el destino.

Y bien, olvidaba mencionar algo importante. Entre todos mis avatares, había vuelto a la política, pero no a la política de las acciones públicas ni de las barricadas. Vivíamos bajo férrea dictadura militar, y mi actividad se reducía a periódicas publicaciones, casi inofensivas. Sin embargo, aquel día, el siguiente a la fiesta de colación, promediando la mañana, fui citado al departamento de Investigaciones. Me recibió un obeso de apellido Greno, al que decían «jefe».

-Usted es un comunista -me dijo sin rodeos-. Actuó desde antes del cuarenta y siete. Estuvo mucho tiempo enfermo. Por eso no lo metemos en el calabozo. Pero va tener que salir del país. Tiene veinticuatro horas de plazo. Está notificado. Váyase.

Me extrañó sobremanera la forma asaz benigna en que me trataba. A ningún comunista le dejaban de dar bofetadas y patadas como saludo.

De regreso a mi soledad, pensaba en la mujer de mis sueños. Ella habría partido con el tren de las once. Miré mi reloj: las doce. Ya

estaría viajando rumbo al Guairá. Yo, contrariamente a lo previsto, antes de veinticuatro horas habré partido en dirección opuesta. El tiempo útil que me quedaba debía emplearlo principalmente en tratar de vender algunos enseres y libros. Me puse en campaña. Volví cuatro horas después. Hice mis maletas. Finalmente, me senté a escribir. Primero, una carta. Después un poema. Pero, nada triste. No pensaba renunciar a Chiquita por nada del mundo. Mi escrito era la expresión de lo que en mí constituía un designio irreversible. Antes de acostarme despaché un sobre por correo a Villarrica, donde ya ella estaría llegando. Y al día siguiente, antes de cumplirse el plazo, traspuse la frontera. También yo emprendía viaje, mas no de vacaciones, por cierto. Me iba para volver tan sólo cuando cesara la ominosa dictadura. Nadie podía calcular cuánto duraría el mal. En el exilio, al tiempo es mejor olvidarlo, o nos mata.

Se abría, por tanto, un paréntesis insospechado entre nosotros. Desde entonces, varias veces habría de intentar vanamente comunicarme con Chiquita. De tanto insistir sin éxito concluí pensando que ella me esquivaba. En efecto, ser la amada de un conocido marxista era un riesgo indubitable en el país que nos tocaba en suerte. Y así transcurrieron los meses y los años impiamente. Nuestro primer nuevo contacto se hizo posible una eternidad después. Ínterin, otra mujer había entrado y vuelto a salir de mi vida, haciéndome padre de cuatro niños, y dejándome a su paso un dejo amargo en alguna parte del ser. Fue mi madre, que regresaba al Paraguay luego de una breve visita, la portadora de la misiva que había de establecer el nuevo y decisivo contacto entre nosotros. En ella le proponía adoptásemos cada cual un seudónimo, única manera de eludir la muy eficaz censura epistolar de la dictadura.

Entraba enero del año sesenta y cuatro cuando recibí la contestación a mi carta. En ella, Chiquita me anunciaba su propósito de viajar en breve a Buenos Aires, noticia que me llenó de alegría y esperanza. Desde ese momento mis días y mis noches cobraron sentido diferente. Su arribo, ya próximo, había de marcar un cambio rotundo en mi vida.

Y aquello se produjo. Su visita no fue larga pero tuvo ribetes de compartida felicidad. Yo rondaba los cuarenta, mas, en su compañía, regresé a aquella juventud que había quedado trunca para ambos como consecuencia de las atrocidades dictatoriales. Ahora, esa que pudimos rescatar a pesar de los años, lucía maravillosa.

Al cabo de dos semanas la despedí en el aeropuerto con la firme promesa de regresar a Paraguay pese a quien pese. Esa promesa se hizo urgencia, y en menos de un mes, realidad.

Contra el destino, nadie ni nada puede. Viajé de regreso al país de mis desvelos a pesar de la tiranía que continuaba incommovible. Cuando la brújula es el corazón siempre se encuentra un camino expedito. A veinte días de mi regreso a Asunción, Chiquita y yo nos uníamos. Ni la tenaz oposición de los padres pudo impedirlo. Sin dudas, era ése un final inevitable. Aconteció un día diecinueve de marzo. Dos años y tres meses más tarde nació nuestro primer y único vástago. Y lo llamamos Pablo Dimas.

Así tenía que suceder alguna vez. Aquel día veintinueve de abril del año de la desgracia, cuando ella llegaba a la sala X en brazos de su padre, acribillada de esquirlas, yo me encontraba en esa sala,

tabique de por medio, inmovilizado por un mameluco de yeso. Entonces no podía verla, pero, oyendo desde mi inmovilidad su lastimera queja, se me hacía que algo de ese inmenso dolor era parte del mío.

ENTREVISTA

“La cultura está cuidadosamente evitada”, entrevista de Santiago Dimas Aranda (citado en la entrevista con la abreviatura S) con Victorio V. Suárez (V), publicado en ABC Color el 21 de marzo de 1993.

Para esclarecer interrogantes y analizar los problemas que nos aquejan hemos conversado con el escritor Santiago Dimas Aranda, poeta perteneciente a la promoción del 50 de nuestro país. Durante la dictadura de Stroessner nuestro entrevistado fue perseguido sistemáticamente; asimismo, su poesía fue silenciada por la crítica burguesa. No obstante su voz combativa y su afiebrada poesía de compromiso pudieron más que la indiferencia y logró el merecido reconocimiento.

V —Entiendo que formas parte de la promoción del 50. Sin embargo, tus obras no alcanzaron una amplia difusión. ¿A qué se debe ese fenómeno?

S—La vigencia de la poesía y de ciertos poetas en el Paraguay ha tenido efecto —a mi entender— más de oído que a través de la lectura. Es decir, la poesía a través del canto, de la música. Ejemplo: Emiliano, Ortiz Guerrero y otros. Sin embargo, hay excepciones. En mi caso, yo atribuyo la poca difusión de mi obra al hecho de haber aparecido tarde, no haber contado con ediciones de Losada u otro sello de renombre. Tuve que conformarme con ediciones cortas, sin distribución internacional, hechas por cuenta propia. Además, el tipo de poesía, preferentemente social, que cultivo, no siempre ha caído bien. En dos ocasiones he merecido la cárcel por una poesía. Otras veces me radiaron, me excluyeron los propios amigos poetas, especialmente los del Pen Club.

V—La crítica quiere dar a entender su indiferencia hacia la poesía social, invocando que tal género nunca se consolidó realmente en nuestro país. ¿Qué se puede decir al respecto?

S—Para mí la crítica no me ha sido hostil. Puedo decir que he tenido comentarios muy positivos y hasta benevolentes. No puedo sino agradecer la preferencia que he merecido en algunos concursos, por ejemplo. Puede ser que la poesía social no se haya consolidado aquí. En ese caso, tendré que manifestar la impresión de que la cultura en general no ha podido consolidarse. Y siendo la poesía, principalmente la social, sólo una partecita de la cultura, no podemos pedir que haya sido la excepción. Nuestro pueblo no lee. Primero, era por ignorancia o desinterés, luego los medios de difusión y la subcultura importada terminaron por anular a los libros. Sin embargo, siempre hay excepciones. Mucha gente me ha comentado con simpatía haber leído un poema mío, ejemplo: “Indio viejo”, difundido recientemente por “Cabichu’i 2”.

V— ¿Cuál es tu experiencia de escritor durante el proceso oscurantista y criminal del stronismo?

S—Durante el oscurantismo stronista mi trabajo no ha cesado. He publicado siete libros, he obtenido premios importantes en prosa, dos novelas y un cuento, pero la experiencia tal vez más contundente ha sido la de verme preso por un poema: “Antonio Alonso Cañero”. Primero fue una confusión del no muy informado subsecretario Jaime Bestard; la rectificación luego de una periodista cuyo nombre no me merece recuerdo, por haber hecho el

papel de vulgar delatora y entreguista. Finalmente, el sensacional despliegue policíaco para el apresamiento de un poeta de nombre Santiago Dimas Aranda. De más está ahondar en lo que sobrevino. Amenazas, vejaciones, secuestros de un centenar de libros que fueron a parar conmigo en “La Técnica”, departamento de torturas del Ministerio del Interior. Creo que varios policías, entre ellos Saldívar, leyeron y releeron mis libros. No buscaron en ellos literatura ni poesía sino alguna partícula del “vocablo maldito”: comunismo. Después de eso, no solo mucha gente dejó de interesarse por mi poesía, sino, además, varios contratos comerciales me fueron cancelados.

V—¿Se puede tener fe y creer en un futuro más promisorio para la cultura?

S—Creo que la cultura, en el sentido tradicional de su acepción, va adquiriendo nuevas formas, se vale de nuevos mecanismos. La tecnología audiovisual y la informática van a posibilitar en el futuro una veloz transformación cultural que ojalá alcance a las mayorías cada vez más empobrecidas. Todo depende de que los ciudadanos con mayores conocimientos y recursos económicos se avengan a crear la necesaria apertura humanista, devolviendo a la sociedad buena parte de lo apropiado, creando fuentes de trabajo y propendiendo a la socialización de los medios de producción y de culturización. Las universidades, los centros de investigación y las bibliotecas deberían conquistar los privilegios de que hoy gozan los faraónicos e inútiles polideportivos. Pero siempre hay un pero. Mientras los zánganos y expoliadores dominen las finanzas y la distribución y sean los dueños de las grandes tierras inalcan-

zables para el campesino sin tierra e incluso para muchos graduados en escuelas agropecuarias que deambulan por los ministerios en procura de algún conchabo; mientras las autoridades protejan a los ladrones y acogoten a los pequeños productores con impuestos insoportables, la cultura será siempre el aditamento de moda para mandarse la parte.

V— ¿Se puede hablar de claquismo en la literatura de nuestro país?

S—Claquismo o “cepillismo”, como decían los porteños del novecientos, es uno de los males que contribuyen a anquilosar a nuestra literatura en los tiempos difíciles, acompañando a la represión, a la censura y autocensura dictatorial. Hubo grupos hasta hace muy poquito, que disfrutaban haciendo sentir su poder de minoría elitista. Siempre hubo monstruos sagrados que protegían o condenaban. En cierta oportunidad, creo que fue en el “Juan de Salazar”, dos de esos monstruos panelistas afirmaron categóricamente que la poesía social no es poesía. Sin embargo, uno de ellos no hacía mucho tiempo había defendido con gran propiedad a Pablo Neruda. Yo, personalmente, no he sentido el rechazo de ellos, tal vez por no haberlos frecuentado.

V—Si estás en la Sociedad Paraguaya de Escritores, ¿por qué dicha agrupación es tan gris, vive casi en el anonimato y la inactividad? ¿Qué sucede realmente?

S—De la Sociedad de Escritores no tengo mucho que decir. Soy socio fundador. Fuimos más de cien. Algunos murieron. Otros se apagaron. Desde que se produjo el último cambio de directiva, no he recibido tan siquiera un llamado telefónico invitándome a una reunión. ¿Será por mi extracción social? No lo sé.

V— ¿Se puede decir que los escritores “son los grandes ausentes en este proceso”, tal como señalara Víctor Jacinto Flecha?

S—De la ausencia de los escritores en el proceso no me extraña. Quizá haya alguno que actúe individualmente, pero como grupo es algo difícil. Estuve en varias organizaciones de escritores y artistas a lo largo de mi vida, aquí y en el extranjero. Todas, finalmente, desaparecieron. Los escritores somos naturalmente remisos para las luchas organizadas.

V— ¿La política y la poesía son dos cosas diferentes o es que se asocian a la amplia perspectiva de la actividad creativa?

S—No creo que se pueda hacer política a través de la poesía, pero sí creo que todo poeta tiene su ideología, su posición política intrínseca, y no se puede evitar su traslucimiento al hacer poesía. El hecho mismo de declararse apolítico es una actitud política. En cuanto a la poesía social, suele tener mayor florecimiento en los tiempos duros, de luchas y represión.